

CARTAS DE VERÓNICA AL ATARDECER



**CARTAS DE
VERÓNICA
AL ATARDECER**

SARAM.

Título: Cartas de Verónica al atardecer.
Obra de ficción basada en hechos reales.
Autor: Sara M.

Editor: Sara M.



Obra coordinada por:

La Literata
Matilde Monterreal
info@librosporencargo.com
607 752 654

Diseño Portada

Dadú Estudio

Maquetación e impresión

Dadú Estudio
Batalla del Salado, 14
28045 Madrid
Tel. 913 854 315

Copyright: Sara M.

Primera edición: Julio 2019

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la ley. Prohibida su reproducción en parte o en su totalidad en cualquier tipo de formato sin el permiso del autor.



A mi madre, con amor
Te querré siempre

«En la virtud se encuentra el poder de amar».
Aristóteles



PRIMERA PARTE

*«Una de las trampas de la infancia es que no hace falta comprender algo para sentirlo.
Para cuando la razón es capaz de entender lo sucedido, las heridas en el corazón ya son demasiado profundas».*

Carlos Ruiz Zafón



I

CAPÍTULO

Comenzaba 1920. Sara era una joven delgada, preciosa, de cabello moreno que caía en ondas naturales sobre sus hombros, delicada piel blanca y aspecto angelical. Muy trabajadora, poco comedora, sus conocidos resaltaban de ella su enorme corazón y generosidad.

En aquellos tiempos juveniles Sara solo tenía una pasión: su novio, Miguel, al que había conocido en la capital valenciana, en donde él se había instalado procedente del cercano pueblo de Torrente en busca de un futuro mejor. Era muy atractivo, alto, corpulento, un hombre de pocas palabras, inteligente y poseedor de una personalidad arrolladora. Se enamoraron como dos adolescentes.

Mi madre apenas necesitó dos años de noviazgo para tener la completa certeza de que Miguel era su alma gemela, esa persona con la que quería pasar el resto de los días que la vida quisiera regalarles. Entonces, ¿para qué esperar más? Las cosas eran como eran y no tenían visos de cambiar. Empezarían desde cero, confiando en que el esfuerzo, el trabajo y el amor que se profesaban compusieran un ajuar suficiente para iniciar esa vida en común, ante cuya perspectiva se emocionaban.

Contraviniendo la tradición, costumbre convertida casi en ley, fue ella la que le pidió matrimonio y él quien dijo que sí, que claro que sí, poniendo en marcha el proceso para convertirse en marido y mujer. Sara llevó la iniciativa incluso en los preparativos; no consiguió que su novio se implicara y este prefirió dejarlo todo en manos de su futura esposa.

—Cuando tengas fecha, hora y lugar me lo dices y allí estaré —aseguró. Sara valoró aquello como una buena señal. Le gustaba que confiara en ella y en su criterio, sin dejar que anidaran en su mente pensamientos negativos, y sin permitirse pensar que, quizás, lo que Miguel hacía era desentenderse para cargar sobre sus espaldas la responsabilidad de la organización.

Cuando ella comunicó en casa la decisión que había tomado, sus dos hermanas mayores, María y Marisa, trataron de poner freno a su alegría:

—Deberías esperar un poco, ¿para qué tanta prisa?

—No es prisa... Queremos hacerlo, sin más, ¿para qué esperar?

Miguel no era santo de su devoción, estaban convencidas de que aquel hombre no haría feliz a su hermana y pensaban que si dejaban pasar el tiempo, ella también terminaría por darse cuenta de que no era la persona apropiada. No contaban con que Sara defendería con uñas y dientes su amor. ¿Qué sabrían ellas? Estaban equivocadas, no le conocían bien.

El día de su boda quedó impreso en la memoria de mi madre como uno de los más felices de su vida. Lo celebraron rodeados de sus familiares y no faltó la música como regalo para el alma, como broche perfecto para cerrar una etapa e iniciar otra, la que comenzaba con ella en los brazos de su ya marido, mirándole a los ojos mientras sus pies se deslizaban por la pequeña habitación al ritmo de la música de su baile nupcial. Sara y Miguel estaban convencidos de que no habría obstáculo que no pudiera superar su amor y el día de su «sí, quiero» dieron comienzo a una nueva

y definitiva vida para ambos.

Disfrutaron, dichosos, de aquella primera etapa de convivencia como pareja, dejando que el paso del tiempo fuera llenando la casa de risas infantiles. Mi hermana Isabel fue la primera, la que los convirtió en padres. Después llegué yo, Verónica. Mi madre había escuchado en algún lugar ese nombre y le gustó para mí. A la hija que nació después le pusieron Pilar. Llamarme Verónica me hacía sentirme especial y me parecía un privilegio tener un nombre tan bonito porque, además, no conocía a ninguna otra persona que se llamara así.

Nos sentíamos afortunados. Mi madre se había convertido en una perfecta ama de casa, que era lo que se esperaba de ella, mi padre trabajaba como zapatero remendón, a veces haciendo zapatos por encargo, otras reparando los viejos, y juntos veían crecer a sus tres hijas. Sin embargo, una espina clavada en el corazón de mi padre impedía que su felicidad fuera completa: deseaba más que ninguna otra cosa tener un hijo varón. Es probable que fuera de tanto pedirlo, de tanto anhelarlo y suplicarlo, pero lo cierto es que su deseo le fue concedido con la llegada del pequeño de la familia, al que llamaron Miguel. Mi madre acudió con el recién nacido a postrarse ante la *Mare de Déu dels Desamparats*^{III}, la Virgen con el niño en brazos, para ofrecerle al pequeño y pedir protección para él, pasando por el manto al niño, besando su mano ella, repitiendo un ritual que ya había seguido con sus tres hijas.

Entonces sí, su vida, nuestra vida, se convirtió en perfecta. Miguel se descubrió como un niño vivaz, inteligente, simpático, adorado por todos como un pequeño principito. Convertido en el juguete de la casa, siempre había una mano dispuesta a darle de comer, sacarle a pasear, enseñarle las letras o cantarle una nana al acabar el día. Mi padre pasaba a su lado todo el tiempo posible y le gustaba jugar con él, algo que nos llamaba la atención puesto que con nosotras, las chicas, no lo había hecho jamás.

Disfrutamos de unos años dichosos, sin más problemas que las estrecheces que el matrimonio iba sorteando como buenamente podía. Celebramos el cuarto cumpleaños del pequeño entre risas, canciones y juegos, mientras mamá nos ofrecía bizcocho para merendar. Miguel estaba sano, tenía una contagiosa alegría infantil y era feliz.

Unos días después de aquel cumpleaños comenzó a mostrarse apático y dejó de jugar, de comer, de reír... Lo más preocupante fue que incluso dejó de llorar. Apenas se movía, estaba en la cama, ardiendo, siempre dormido, combatiendo una grave meningitis que le había sido diagnosticada como la peor de las sentencias. Empeoraba muy deprisa mientras mis padres se miraban con desesperación y rezaban, rezaban a todas horas, impotentes ante la enfermedad del más pequeño de sus hijos.

No quiso la Virgen de los Desamparados escuchar sus oraciones y una noche oscura se lo llevó de los brazos de mi madre mientras ella le acunaba y le cantaba muy bajito, al oído, como un lamento, tratando de devolverle la vida con lo único que tenía: la fuerza de su amor. Me impresionaron sus gritos y su llanto cuando los que allí se encontraban trataron de quitarle a su hijo de los brazos, aferrándose a él con desesperación, ya frío por fin, sin fiebre, sin enfermedad ni dolor. Sin vida.

Las cortinas cerradas para impedir la entrada del sol sumieron la casa en sombras y en una continua sensación de humedad, quizás consecuencia de la riada de lágrimas que vertimos. Todos estábamos destrozados pero mi padre se volvió loco y pronunció duras palabras:

—¿Qué delito he cometido para que me den este castigo? Si hubiera sido una mujer, seguro que

habría sobrevivido.

Él, que quería a su hijo varón más que a nada, veía cómo la vida se lo arrebatava. Aún a día de hoy quiero creer que aquellas palabras fueron pronunciadas por el dolor del momento, pero nunca me quitó la sensación —casi certeza— de que hubiera preferido que el hijo muerto hubiéramos sido cualquiera de nosotras tres en lugar de su querido Miguelito.

Aunque no termine de curar cicatrices tan profundas, cierto es que el tiempo calma los pesares y todos, incluso él, tuvimos que aprender a vivir sin el pequeño, concentrados mis padres en sacar adelante sus propias vidas y las de sus otras tres hijas, en una casa por la que ya había pasado la muerte dejando su huella indeleble de pesadumbre y dolor.

Mi vida de niña giraba en torno a mi madre. Ella era el centro de mi universo y yo su satélite, siempre revoloteando a su alrededor. La adoraba, me gustaba observar sus más mínimos gestos tratando de descubrir a través de ellos si estaba bien, si era feliz, porque esa era mi única preocupación. Pasaba a su lado todo el tiempo que tenía libre porque era agradable saberme arropada y comprendida por ella. Junto a ella me sentía en paz, era mi luz.

Esperaba feliz el momento en que cada tarde, al regresar del colegio, nos quedábamos a solas. Mis hermanas volaban a la calle con la merienda en la mano en busca de amigas o juegos, mientras yo prefería quedarme en casa porque de ese modo tenía a mi madre solo para mí. Compartíamos preciosos momentos en los que me enseñaba a coser, a lavar y se mostraba orgullosa de mi interés por las labores del hogar.

—Así me gusta, que te preocupes de aprender para que cuando seas mayor seas una buena ama de casa —me decía.

Yo no le explicaba que aún no pensaba en eso y que lo único que deseaba era ayudarla para liberarla un poco de su carga porque nunca estaba quieta un momento, siempre trabajando, sin parar.

Lavaba la ropa a mano y la tendía a secar al sol. Yo disfrutaba acompañándola a las pilas y sintiéndome mayor porque me daba a lavar algún pañuelo, cualquier pequeña cosa que luego ella tendría que repasar a escondidas. Me sentía dichosa al creer que le ayudaba ¡qué infeliz! A diario, mi madre lavaba y planchaba unos baberos blancos que mis hermanas y yo nos poníamos para ir al colegio, y si alguna vez le pedía que nos quedáramos en casa, porque fuera hacía mucho frío, me respondía:

—Que seamos pobres no significa que no tengamos que ir limpias...

Y yo terminaba la frase, que de tanto repetirla me sabía de memoria:

—...y ser educadas y honestas.

Además de encargarse de todos los quehaceres de la casa y de las necesidades de los cinco miembros de la familia, lavaba ropa para otras casas. La recuerdo con esos delantales almidonados, unos muy blancos, otros de lunares azules o rojos y con un gran lazo detrás, siempre impecables porque aseguraba que en los delantales se reflejaba, como en un espejo, la limpieza de las mujeres.

De todos aquellos momentos, mi preferido era cuando estando jugando, distraída con cualquier cosa, la escuchaba gritar:

—¡Voy al centro! ¿Alguien me acompaña?

De inmediato dejaba lo que estuviera haciendo, cualquier cosa que tuviera entre manos, para ponerme a su lado en apenas un instante, no se me fueran a adelantar mis hermanas quienes, por otra parte, no hacían amago de moverse. No podía entender que prefirieran jugar en la calle en

lugar de pasar ese tiempo con mamá.

Sabía que cuando llegáramos al centro compraría dos pasteles, uno de boniato para mí y otro de sabarina para ella, su preferido, y pasearíamos de la mano mientras mirábamos escaparates y nos deleitábamos con los exquisitos manjares de los que nunca hablábamos en casa. Aquellos paseos endulzados eran nuestro secreto, un tiempo compartido a solas que se convirtió en la mejor de las herencias, aunque por aquel entonces ninguna de las dos sabíamos que ese recuerdo sería lo único que conservaría de ella, algo que nada ni nadie pudo arrebatarme jamás.

A veces fantaseaba, porque así lo quería creer, con que yo era su hija favorita, pero en seguida me daba cuenta de que no era posible porque si algo la caracterizaba era el sentido de la justicia. Era tan buena persona que ayudaba a cualquiera que lo necesitara y, aunque a nosotros no nos sobraba, trataba de echar una mano a los demás. En casa se sacrificaba por nosotras y repartía la comida de modo equitativo, a la mayor un poco más, a mí menos y a la pequeña un poco menos aún. Nos decía: «Cuando crezcáis os pondré lo mismo». Cómo la entendía y ¡Dios mío!, la quería tanto. Era una excelente madre, conciliadora, sencilla y muy paciente.

Cuando terminábamos de hacer nuestras tareas nos dejaba jugar bajo su atenta mirada; aunque estuviera cosiendo, cocinando o haciendo cualquier otra cosa, trataba de no perdernos de vista. Por eso se daba cuenta de que Isabel siempre estaba molestándome; venía por detrás y me daba un golpe en la cabeza aprovechando que yo jugaba distraídamente. Me asustaba, me hacía daño, nunca fue una hermana mayor para mí, negándome un cariño que sí veía hacia mi hermana Pilar, sin que pudiera encontrar explicación a su actitud. Cuando estábamos en el patio, mi madre nos observaba desde la ventana de la cocina y se percataba de que yo no hacía ni decía nada, aguantaba y aguantaba... hasta que Isabel repetía sus golpes, su maldad, y entonces salía corriendo detrás de ella, que gritaba:

—¡Mamá, mamá! Verónica me quiere pegar.

Entonces le respondía:

—¡Cuántas veces le habrás pegado tú para que ella haga eso!

Mi madre sabía bien lo que había ocurrido, de qué madera estaba hecha su hija mayor, y al final la castigada era ella.

Quizás fue mi obsesión porque mi madre estuviera bien, a salvo, lo que hizo agudizar mis sentidos y darme cuenta de algunas cosas que mis hermanas parecían no ver o, quizás, no querer ver. Eran apenas matices, una sombra de tristeza que asomaba a sus ojos o un llanto quedo, silencioso y suave, prácticamente imperceptible sino para mis oídos infantiles que permanecían alerta en la oscuridad de la noche. Intuía que ocultaba un secreto, de esos que una persona intenta guardar para sí misma sin darse cuenta de que no necesitaba decir con palabras lo que sus gestos delataban, especialmente su mirada. Eran momentos duros para las mujeres, en los que tocaba callar, callar... y seguir callando, porque dentro de esas labores tan bien aprendidas como ama de casa, al servicio de su familia y de su marido, la primera era saber guardar silencio y no protestar ni ante la peor de las situaciones.

Algo provocaba ese sufrimiento en mi madre y yo no sabía qué era. No se trataba solo del dolor de tener un hijo de cuatro años enterrado, que también. Apenas dormía y el amanecer la sorprendía llorando agarrada a la única foto que conservábamos de Miguel. Desde ella asomaban en blanco y negro los enormes ojos de mi hermano, llenos de vida, tan guapo, vestido de domingo para posar delante del falso fondo del estudio del fotógrafo, que trataba de emular un campo de margaritas. A la derecha de la imagen podían apreciarse los restos de un caballo de cartón cuya

cabeza se había ido diluyendo, borrada quizás por la sal de tantas lágrimas derramadas, y sobre la que había reposado en su día la pequeña mano infantil de Miguel, ahora suspendida en el aire.

En mi madre había algo más que ese inconsolable dolor por la muerte de su hijo. Era una especie de temor, de angustia, y yo necesitaba averiguarlo e, ingenua de mí, tratar de ponerle remedio. Como si una pequeña y débil niña pudiera hacer algo por cambiar lo que después se me reveló como una dura realidad. Porque yo, como mi madre, y como la niña y mujer que era, también estaba condenada a callar.

[\[1\]](#) La Virgen de los Inocentes, Mártires y Desamparados o Virgen de los Desamparados es una advocación de la Virgen María. Es la patrona de la ciudad de Valencia.



II CAPÍTULO

Solo tenía ocho años cuando vi desaparecer mis sueños de ser maestra al tener que decir adiós al colegio. Adoraba a los niños, me encantaba estudiar y sacaba unas notas excelentes. Mi juego preferido consistía en «hacer» de maestra y siempre tenía alrededor a los niños del vecindario, que acudían a mi casa después de las clases para que les contase cuentos e historias inventadas sobre los que después les hacía preguntas. Nos lo pasábamos genial y trataba de preparar actividades diferentes cada día. Muchas veces mi hermana Isabel aprovechaba esos momentos para pegarme, quizás envidiosa de mi popularidad entre los niños o de ver que lo pasábamos tan bien. Parecía no poder verme feliz, disfrutando con mi sufrimiento y mi dolor.

De modo que ese futuro que pudo haber sido y no fue, el que ideaban mis sueños infantiles, quedó truncado para siempre y se evaporó una tarde que regresaba a casa con la cabeza llena de historias para contar a los críos, mientras la vida me esperaba para darme un baño de realidad. Mi madre me recibió con gesto serio, preocupado. Me sentó frente a ella ante la mesa de la cocina y me dijo:

—Verónica, te he buscado un trabajo. No puedo estirar más el dinero que me da tu padre ni el que gano yo lavando. Tienes que dejar el colegio.

Lo primero que pensé fue que no entendía por qué tenía que trabajar yo y no mi hermana mayor. Supuse que debía ser porque era la que más comía, me gustaba todo y lo que más el pan solo. Era alta, había superado en estatura incluso a Isabel, y mi madre pensó que al menos en el trabajo comería lo suficiente porque en casa llegábamos siempre muy ajustados a final de mes. Las palabras de mi madre confirmaron mis sospechas.

—Te van a dar de comer, creces rápido y necesitas más comida —me dijo.

Por un instante compartí su dolor, el que debía sentir por tener que sacar a una hija del colegio para ponerla a trabajar antes incluso de ser mujer, una niña a la que ponía en manos de unos patronos con la única intención de que estuviera bien alimentada. Además, aportaría algo de dinero a casa —pensé— aunque fuera poco. No pensaba defraudarla.

Mi madre sabía que a pesar de mis ocho años yo era responsable, trabajadora y muy puntual. Siempre presumía, orgullosa, de que «su Verónica» era muy fuerte y tenía mucho coraje. También de que era la más aplicada de sus hijas ya que doña María, la maestra, le había dicho en su momento que estaba muy contenta conmigo y que tenía un don para seguir sus pasos y dedicarme a la enseñanza. Sabía que ser maestra era mi sueño y, aseguró, iba por el buen camino para conseguirlo.

Pero a partir de entonces tocó cambiar los lápices y los cuadernos por madrugar a diario para acudir a una carnicería, donde tendría que cuidar de un bebé. ¡Bueno, no estaba tan mal! Me encantaban los niños, tenía muy presente a mi querido hermano, y me sentía feliz de poder estar cerca de uno. Traté de encontrar un punto de consuelo en la idea de que a partir de ese día mi

madre no tendría que lavar tres baberos diarios, sino dos, y aunque me alegraba por ella no podía evitar sentirme triste por lo que dejaba atrás. Había sido niña muy poco tiempo, ocho años es apenas un suspiro, y ya iba a comenzar una vida de adulto, de horarios y responsabilidades, mucho antes de lo que me hubiera correspondido. Pero si así venían las cosas me tocaba demostrar que tenía ese coraje y fortaleza de los que hablaba mi madre. Y así lo hice.

La mañana del primer día de trabajo amanecí ilusionada, con una mezcla de emoción y de miedo. ¡Me sentía tan mayor! Al llegar me encontré con un matrimonio, su hija y su nieto. Sin apenas explicarme cuál sería mi cometido, me dieron una escalera y una orden muy concreta: «¡A limpiar las tinajas!». ¿Las tinajas? ¿Qué tenía que ver eso con cuidar de un niño? La ilusión que sentía se transformó en recelo y temblando de frío, atemorizada, me introduje en el interior de una enorme vasija de barro. Ya no me sentía tan mayor, sino pequeña, muerta de frío y de miedo por la oscuridad que me rodeaba allí dentro. Aquellos eran los recipientes en los que se preparaba el embutido, por lo que las paredes estaban repletas de sangre, tocino y otros restos que desprendían un pestilente olor. Trataba de limpiar mientras contenía las náuseas para no vomitar, consciente de que de hacerlo solo empeoraría la situación y me tocaría a mí limpiarlo. Cuando terminé grité, pidiendo ayuda para salir de aquel horrendo lugar. Me lanzaron la escalera y subí a toda prisa, rogándole a Dios que me librara de tener que volver a entrar a semejante lugar. Me sentía sucia, el olor se me había pegado a la piel, al pelo. Aquello era espantoso y aunque quería romper a llorar no lo hice. Contuve las lágrimas, tragándome el miedo y el orgullo, como muestra de ese coraje del que mi madre presumía y que yo estaba dispuesta a demostrar.

Limpicar las tinajas se convirtió en mi tarea diaria. Cuando salía de aquellos inquietantes agujeros tenía que seguir con el resto: cuchillos, cacharros, tablas de cortar carne y el suelo, que fregaba a mano, de rodillas. La hija de la dueña me trataba muy mal; era la madre del bebé que supuestamente iba a cuidar y me hacía trabajar sin parar. Cuando veía el suelo mojado me obligaba a secarlo tres veces, alegando que se podía resbalar con su bebé, o a fregarlo de nuevo porque no le parecía lo bastante limpio. Yo lo intentaba, pero mis pequeñas manos no tenían la fuerza suficiente para escurrir la bayeta, por lo que nunca terminaba de estar seco. A veces ensuciaba el suelo una vez limpio solo por el placer de ver cómo me ponía otra vez de rodillas y volvía a meter mis manos en el agua fría, unas manos que a esas alturas ya estaban llenas de heridas y sabañones que escocían y picaban a rabiar. Era solo una niña haciendo el trabajo de un adulto. ¿Y a cambio de qué? ¿Cuál era mi salario? Pronto descubrí que esa idea que yo me había hecho de aportar algo de dinero en casa no había sido sino una fantasía, un deseo, porque mi único jornal diario era un bocadillo.

La dueña, que se daba cuenta de la actitud prepotente de su hija, me tomó aprecio al verme tan vulnerable y trabajadora; siempre me alababa asegurando que era muy perfeccionista y que lo hacía todo bien, por eso me llenaba el pan de a cuarto con bastante mezcla de embutido, patatas fritas o pisto, e insistía en que me lo comiera allí, delante de ella, porque intuía lo que pasaba. Y lo que pasaba era que yo prefería llevárselo a mi madre y que ella lo repartiera en casa, de manera que el bocadillo fuera para toda la familia aunque el esfuerzo y el trabajo lo hubiera hecho yo. ¡Me sentía tan orgullosa de poder ayudar!

Mi padre era una especie de triunfador, jovial, amable, generoso, un tipo con mucho éxito y habilidades sociales que presumía de ser muy popular entre sus amigos. Muy querido por vecinos y amistades, coincidía con ellos casi a diario en los bares o en el casino, a donde le gustaba acudir cuando al caer la tarde soltaba los utensilios de zapatero. De casa hacia fuera era una

persona estupenda pero de puertas adentro... de puertas adentro la cosa era diferente y al subir el escalón de acceso a casa parecía transformarse, convirtiéndose en una persona severa y exigente, sobre todo con su pobre mujer.

Se había instalado en mí una especie de sexto sentido que me hacía permanecer alerta, de modo especial por la noche. Mientras mis hermanas dormían yo me quedaba despierta, con los ojos muy abiertos tratando de esquivar el sueño y el oído atento, hasta que mi padre abría la puerta de casa. Mi corazón se encogía solo por un instante, el que tardaba en averiguar de qué talante llegaba. Sus silbidos anunciaban una buena velada: regresaba de jugar a las cartas o al dominó y si venía contento era porque había ganado. Entonces estaba simpático y hasta divertido. Pero la mayor parte de las veces perdía y entonces lo que llegaba desde la planta de abajo eran voces y el estallido contra la pared del plato en el que mi madre le había guardado, sobre las brasas calientes, su cena. Sus gritos amortiguaban el llanto de su mujer, pero yo sabía que estaba llorando y sentía un inmenso dolor por ser tan pequeña, tan débil que no podía hacer nada para protegerla. Mi madre lo pasaba muy mal, no se merecía ese trato, era una buena esposa, una excelente madre, además de una mujer honesta y enamorada de su marido que nunca se defendió porque, a pesar de todos los pesares, jamás escuchamos salir una queja de su boca.

En algunas épocas, mi padre tenía tantos encargos que necesitaba de otras manos para sacar adelante el trabajo. Y resulté la elegida. Hacía zapatos de piel a medida para familias adineradas de la época; le gustaba ese trabajo artesanal y los dejaba perfectos, dando el mismo brillo a la parte superior que a las suelas, quedando muy elegantes. Mientras fuimos pequeñas, de los restos de piel que le iban quedando nos hacía zapatitos a las tres. Gracias al boca a boca nunca le faltaba algún encargo y llegó ese momento en el que necesitó ayuda.

Me convertí en su aprendiz, así es que empecé a compaginar mi trabajo en la carnicería con este segundo empleo. Primero me enseñó a clavar en las suelas los clavitos finitos, muy pequeños, guardando la misma distancia entre ellos. Aprendía rápido y poco a poco me fue dando más responsabilidad porque decía que estaba muy contento conmigo, que era lista y lo hacía bien. No me gustaba estar tan cerca de él, pero me consolaba pensando que si estaba conmigo dejaría tranquila a mi madre. Sentía que aquel era un tiempo que le regalaba a ella, en el que podía sentirse a salvo.

En algunas ocasiones mi padre llegaba pronto a casa y se sentaba bajo la sombra de la higuera que teníamos en el patio, como un rey en su trono, y nos iba llamando una a una para que fuéramos a darle un beso. Sus niñas, su harén. Yo me hacía la sorda, la entretenida con cualquier cosa, y cuando él insistía me cogía con fuerza al delantal de mi madre, sin moverme, porque al ser consciente de cómo la trataba le tenía mucho miedo. Mi madre, para que no se enfadara, me hacía acercarme a él, «*veu amb el pare filla*»^[1], me decía, y yo caminaba muy despacio, tratando de retardar el momento de llegar hasta sus brazos. Era tal el pavor que sentía que las piernas comenzaban a temblarme y según caminaba hacia él me orinaba encima. Mis hermanas estaban sentadas en sus piernas y le abrazaban pero yo corría, le daba el dichoso beso, y regresaba a toda prisa a las faldas de mi madre, poniéndome delante de ella para tratar de protegerla.

Jugaba en el patio una tarde cuando un sonido muy fuerte me sobresaltó. Era la voz de mi padre, gritándole como un loco a mi madre. Me asomé a la casa, entré y me escondí, mientras observaba como ella descendía las escaleras que conducían del dormitorio al salón. Mi corazón

comenzó a latir tan deprisa que pensé que iba a salirse de mi pecho y que el ruido de sus latidos desbocados iba a descubrirme. Él iba detrás y le lanzó algo que tenía en la mano. El ruido fue estremecedor, un golpe duro y seco, y vi como caía a mi lado una horma, una pieza maciza de hierro con forma de pie que utilizaba para fabricar los zapatos. La había lanzado sobre mi madre y solo la mano de algún ángel desvió la trayectoria, porque pudo esquivarla, evitando una tragedia. Hasta ese momento yo había permanecido escondida, pero superé el miedo y salí de mi escondrijo corriendo hacia mi madre, sollozando y abrazándola con fuerza.

—*Mare*^[2] —le pregunté, temblando—. ¿Por qué el *pare*^[3] te quiere pegar? ¿Qué ha pasado?

—No pasa nada, cariño. A papá se le ha caído el hierro sin querer, no pasa nada, está todo bien —me respondió mientras trataba de calmarme acariciando mi cabeza.

No la creí y a partir de ese día procuraba no separarme de su lado. Apenas dormía y vivía con la angustia continua de pensar en lo que estaba padeciendo mi pobre madre. Nada me preocupaba más que la idea de que sufriera y solo pensaba en cómo evitarle ese dolor. Soñaba con sacarla de allí, huir lejos las dos, pero lo único que tenía para ofrecerle era el bocadillo que al día siguiente ganaría con mi trabajo. Demasiado poco para el resto de una vida.

[1] Ve con el padre, hija.

[2] Madre.

[3] Padre.

III

CAPÍTULO

Seguía trabajando en la carnicería, era la única que ayudaba en casa, consciente de que mi madre lo necesitaba. ¿Qué otra cosa podía hacer? Ante la necesidad, lo que fuera. Mientras, mi hermana Isabel podía permitirse el lujo de irse de vacaciones con mi tía Marisa, la hermana de mi madre, y con nuestro primo, un chico muy agradable, de su edad. Mi tía quería a Isabel para su hijo y a ella le hubiera encantado tener algo más con él, pero mi primo era muy joven y no le gustaba nadie, por lo que en ningún momento albergó otro sentimiento que no fuera el de primos hermanos. Bastante tenía con hacer frente a la enfermedad degenerativa que sufría, tan grave que la medicina nada pudo hacer por él.

Yo nunca me iba de vacaciones por dos motivos. El primero era que nadie me invitaba, mi tía siempre se llevaba consigo a Isabel mientras que sus otras dos sobrinas parecían invisibles a sus ojos. El segundo era que cuando no trabajaba prefería quedarme en casa para ejercer esa nueva y vana responsabilidad que me había auto impuesto: la de ángel de la guarda de mamá.

Tenía diez años cuando el destino nos puso en los brazos un nuevo y precioso regalo, mi hermana pequeña, Mercedes, con el consiguiente disgusto para mi padre. Mientras él refunfuñaba porque esperaba un niño, mis hermanas y yo disfrutábamos de la recién nacida haciéndole hueco en nuestro humilde hogar, sin pensar en cómo haríamos para alimentar una boca más. Dios proveería. La vida proveería, debieron pensar mis padres.

Pero no. No solo nadie acudió en nuestra ayuda, sino que el mundo que habíamos conocido hasta ese momento se vino abajo, como si un terremoto hubiera abierto en dos la tierra que pisábamos, dejando nuestro alrededor en ruinas y nuestras mentes desoladas. La vida, tal y como la habíamos conocido, desapareció. El caos se apoderó de todo.

Sabía que algo ocurría pero era demasiado cría y tardé en entender de qué se trataba. Mi madre y mi tía María, su hermana pequeña, estaban siempre juntas, cuchicheaban y lloraban a la par.

—No puedo más, María, ¿otro hijo? Pero si apenas puedo dar de comer a las cuatro que tengo. Son tiempos duros, no sé qué hacer. No tengo fuerzas —se lamentaba.

Estaba harta. Harta de la vida que llevaba, de trabajar como un animal, de parir hijos al mundo buscando el varón que su marido deseaba, para tener que ponerles a trabajar limpiando grandes tinajas porque ni darles de comer podía. Mi tía también estaba embarazada y, como mi madre, se mostraba desesperada. Sin ayuda de nadie, eran mujeres luchando solas, apoyándose las unas en las otras, buscando soluciones a sus problemas porque, al final, tener hijos se convertía en un problema de ellas que eran las encargadas de gestarlos, parirlos, amamantarlos y criarlos, mientras la única preocupación de sus maridos era cruzar los dedos para que fuera por fin el deseado niño y así poder presumir de varón con sus compañeros de timba en el casino.

Encontraron la solución de la mano de una curandera de la que les habían hablado que al parecer tenía mucha experiencia practicando abortos, confiando en sus buenas palabras y en los

consejos de las mujeres que ya habían pasado por sus manos en esa terrible época de ocultismo. Afrontaron juntas el miedo y la incertidumbre ante una intervención quirúrgica sin ninguna garantía, practicada sobre una mesa de madera situada en el rincón de un cuarto oscuro que olía a perejil.

Aquel día lo pasamos solas, trabajando, cuidando las unas de las otras y atendiendo al bebé mientras mi padre daba vueltas por la casa hablando solo, enfadado y preocupado a partes iguales. Mi madre había salido de casa al alba y ya era entrada la noche cuando por fin regresó. Su rostro estaba pálido, sus manos temblorosas, y cuando se tumbó en la cama las sábanas blancas se tiñeron de pequeños lunares rojos.

—¿Qué has hecho? —gritaba mi padre, como loco—. ¿Cómo has podido hacer algo así?

Seguro que tenía respuesta para esa pregunta que le planteaba su marido, lo que no encontraba eran las fuerzas suficientes para hablarle de su hartazgo, de su pena al ver pasar hambre a sus hijas, del sufrimiento de su cuerpo después de cinco partos, incapaz de enfrentarse al sexto, y no podía explicárselo porque los dolores le hacían retorcerse mientras que un goteo continuo de sangre oscura y delatora asomaba por sus piernas.

Pocos días después de la intervención mi tía pasó por casa. Estaba perfecta, como si nada hubiera ocurrido, mientras mi madre seguía en cama, con fiebre y fuertes dolores. Yo no entendía por qué no llamaban al médico y venía a verla para darle alguna medicina con la que curarla, sin saber que lo que había hecho estaba prohibido en aquella horrible España en la que nadie miraba por las mujeres.

El método empleado por la curandera había sido provocar el aborto con una maniobra en la que había introducido en su útero tallos de perejil, con los que se suponía que debía desprenderse el embrión. En su caso no lo expulsó y solo quedó desprendido. Apenas podía moverse de la cama, aquejada de fiebre, confusión y un continuo e intenso dolor. Cuando mi padre avisó al médico este llegó a casa y pidió quedarse a solas con ella. Después de examinarla en silencio salió de la habitación y solo con verle el semblante supimos que había llegado demasiado tarde. Explicó que una gravísima infección generalizada había derivado en gangrena. Solo quedaba intentar que sufriera lo menos posible hasta que llegara el final. Escuché desde un rincón del pasillo aquella terrible palabra, el final, sin querer terminar de creer que se trataba de un eufemismo para no pronunciar la otra, la maldita. Porque lo que en realidad había dicho el doctor era que solo quedaba intentar que sufriera lo menos posible hasta que llegara la muerte.

La muerte. Esa palabra tan parecida a la suerte, en la que solo cambiaba una letra para destrozarte el alma. La muerte de nuevo en casa mientras un vendaval se llevaba la suerte, la buena suerte, pasando de largo sin detenerse en nuestra familia.

Mi angustia se multiplicó cuando nos prohibieron verla, por lo que tuve que poner en alerta mis otros sentidos. Después de un largo y tenso silencio sabía que seguía viva cuando escuchaba sus gritos de dolor, mientras mis pulmones tomaban aire, aliviados, porque todavía no había llegado ese final del que había hablado el doctor. Arropada por la incertidumbre y el miedo trataba de dormir cuando volvía el silencio, para despertar de nuevo con sus lamentos arañándome la cabeza, como si se trataran de un gato salvaje del que no me podía desprender.

Algunas veces mi madre gritaba mi nombre, desesperada, llamándome.

—¡Verónica, filla^{UU}, dame agua!

El médico le había prohibido beber, alegando que si lo hacía podía reventar por dentro, pero

ella solo sabía que se moría de sed. A escondidas, subía a su habitación y me rendía a sus súplicas.

—*Filla*, dale un poquito de agua a la mama —me pedía.

Con el corazón roto, empapaba un algodón en agua y refrescaba sus labios dejando caer unas gotas sobre su lengua. Ella abría los ojos y me sonreía.

—Gracias, *filla*, gracias, hay que ver si no fuera por ti...

La mañana en la que ocurrió amaneció lloviendo. Me despertaron los gritos desesperados de mi padre, el llanto de mi hermana Mercedes reclamando el alimento que mi madre no le podía dar —sus pechos ya secos para siempre, muertos—, el continuo entrar y salir de la casa de gente cercana y de extraños. El olor a barro, a tierra mojada. Escuché el sonido de la lluvia martilleando los cristales y me quedé paralizada en la cama, sin valor para moverme, temerosa de lo que sabía que me iba a encontrar.

—Tu madre ha muerto. Ya no va a volver a despertar —me dijo mi padre. Habría necesitado una demostración de afecto, una caricia, un abrazo, una palabra de consuelo que me sacara del precipicio en el que me sentía caer a toda velocidad. Éramos cuatro niñas pequeñas que nos acabábamos de quedar sin madre, pero nadie acudió a reconfortarnos. Cierto es que solo anhelaba las manos de mamá, esas que peinaban mi pelo, acariciaban mi cara o limpiaban mis lágrimas cuando me sentía triste. No quería creer que nunca más la escucharía tararear una de esas canciones que tanto me gustaban, que su sonrisa no volvería a iluminar mis noches de pesadillas infantiles o que no podría sentarme a su lado para que me dirigiera la labor de costura que estábamos haciendo y que había quedado para siempre inacabada. Tantos noes... Su mirada no volvería a transmitirme su dolor pero tampoco esa chispa de alegría cuando reía porque sus ojos eran ya dos túneles oscuros, vacíos para siempre. Todo me pasaba siempre demasiado pronto y esta vez también ocurrió. Me había quedado sin madre a los once años.

Me prohibieron verla sin vida. Me asomé a la habitación y mi mirada topó con aquella horrenda sábana que la cubría, mientras una mano adulta me cogió del brazo y me devolvió al pasillo, mandándome al patio a jugar con los demás niños. No podía resistirme a que se la llevaran para siempre; necesitaba verla por última vez, despedirme de ella. Aprovechando un momento en el que nadie estaba pendiente de nosotras, escalé la fachada de la casa y subí hasta el balcón que daba a su dormitorio. Entré por la puerta entornada. Alguien la había dejado de ese modo para que pudiera salir su alma y sentí un sutil temblor al pensar que quizás me estaba cruzando con ella. Era la primera vez que me enfrentaba a la muerte y me sorprendió el aspecto dolorido que reflejaba su rostro. Sus ojos estaban muy abiertos y el color de su piel había tornado a un azul violáceo. La boca estaba abierta y la angustia de sus últimos momentos quedaba reflejada en el rictus de sus labios, retorcidos. Aún así, me pareció la persona más hermosa del mundo. Puse mis dedos en su mejilla y sentí un escalofrío: estaba helada. A pesar de todo me alegré de verla y de poder tocarla esa última vez.

Mi madre. Mi mundo. Mi confidente. El único ser humano que me comprendía y en el que podía confiar, se había convertido en una especie de fantasma inerte. Dios mío. ¿Qué iba a ser de mí ahora? Sara. Tan joven ella, que aún no había cumplido los 45, tan pequeñas nosotras. ¿Cómo íbamos a sacar adelante a Mercedes, si era solo un bebé? A punto de cumplir once años, el pilar que sostenía mi vida se había venido abajo. Aquí quedábamos sus cuatro hijas y un marido que nunca había sabido quererla. La casa se llenó de familiares, de vecinos, de plañideras susurrando

la pena que les dábamos, preguntándose qué tipo de desgraciada vida llevaríamos a partir de ese instante.

Sacaron a mi madre del calor de la cama matrimonial en la que habían llegado al mundo sus cinco hijos, para amortajarla e introducirla en una fría y sencilla caja de madera. La vistieron con una falda oscura, una blusa que nunca le había visto —quizás ni siquiera era de ella— y entre sus manos cruzadas enredaron las cuentas de un rosario. Sus dedos sostenían una imagen de la Virgen de los Desamparados, que la estaría recibiendo con mi hermano Miguel en los brazos para entregárselo de nuevo, devolviéndoselo a su madre. Ese era el único consuelo que me quedaba en aquel momento, el de pensar que la querida Sara se habría reencontrado con su pequeño y podría pasar junto a él toda una eternidad en un lugar en el que no trabajara tanto y nadie le lanzara hormas de hierro.

El día de su adiós amaneció frío y soleado. Tras el entierro regresamos a casa para preparar nuestras cosas porque la tía Cristina, la hermana de mi padre, nos iba a acoger por un tiempo. Mi madre había quedado atrás, bajo un montón de tierra sobre el que alguien había clavado una improvisada cruz de madera. Me tumbé boca arriba en el húmedo suelo del patio tratando de calcular cuánto podría durar su viaje. Con la mirada fija en el cielo tuve la sensación de que una de las nubes que pasaban, ligeras, empujadas por el viento, se transformaba en una especie de sonrisa; un presentimiento me estremeció e intuí que era una señal que mamá me enviaba para decirme que estaba bien y que ya había llegado a su destino.

Me puse en pie, sacudí mi vestido y, dentro de los únicos zapatos que tenía, mis pies dieron los primeros pasos en un mundo sin ella. Nunca, jamás, me he vuelto a sentir más perdida y sola que en aquel instante y recuerdo que me prometí que cuando fuera mayor jamás me moriría mientras tuviera unos hijos de los que cuidar.

[□](#) Verónica, hija.

IV CAPÍTULO

Pasaba las noches en aquella habitación extraña de la casa de la tía Cristina, jugando a meter y sacar mi dedo infantil del anillo de mi madre. Me lo habían dado el día de su entierro, uno a mí y otro a Pilar. Era todo lo que me quedaba de ella y se convirtió en el objeto más valioso del mundo. Me hubiera dejado quitar la vida antes de permitir que nadie me lo arrebatara.

Habíamos llegado allí el mismo día del entierro de mamá y aquel lugar nos era tan ajeno que me parecía increíble que se tratara del hogar de algún miembro de nuestra familia. Mi tía Cristina era la hermana de mi padre pero siempre nos había dejado de lado porque éramos pobres, la vergüenza de su apellido. Ella estaba casada con un «alto cargo», era todo lo que decían de él, y nunca supe a qué se referían con ello. ¿Un alto cargo de qué? Nadie me daba explicaciones cuando preguntaba. Deduje que eran adinerados porque vivían en la mejor zona del centro de la ciudad y frecuentaban fiestas de la alta sociedad; mi tía lucía pieles, elegantes sombreros y preciosos zapatos, alguno de ellos fabricados por mi padre. Él era un hombre maravilloso que nos trataba con cariño y aunque era nuestro tío «postizo» nos incluía cuando jugaba con su hija, tratando de arrancar una sonrisa a aquellas niñas tristes.

Allí descubrí que existía otro mundo diferente al que me había tocado en suerte. Mi tío era cariñoso con su mujer y su única hija mientras que mi prima vivía como una auténtica princesa. No le faltaba de nada, tenía un armario lleno de ropa y bonitos zapatos, juguetes, una casa confortable y tanta comida como quisiera tomar. A nosotras nos trataban bien, nos daban cama y comida, y estaba tan agradecida que ni siquiera me tomaba a mal que mi tía nos escondiera en un cuartito cuando llegaba visita, no fuera a ser que alguien se enterara de que la señora tenía familia pobre, concretamente un hermano viudo y cuatro sobrinas. Era evidente que se avergonzaba de nosotros y que allí estábamos de prestado. ¡Cuánto habría cambiado nuestra vida si se hubieran hecho cargo de nosotras, si nos hubieran dado educación y cariño, un hogar en el que crecer!

Pudo ser por el remordimiento de saber cómo había tratado a su mujer, por la pena de perderla o por el miedo a tener que enfrentarse a lo que se le avecinaba, solo con cuatro hijas, pero lo cierto es que mi padre entró en shock. Durante los tres meses que siguieron a la muerte de mi madre permaneció en cama, mirando al techo, incapaz de hacerse cargo de la nueva situación. Dejó de trabajar, de comer, de hablar... no se levantaba y mi tía, su hermana, trataba de hacerle reaccionar, desesperada. Yo no podía entenderle. Después del poco valor que le había dado a mi madre en vida, ¿ahora se daba cuenta de lo que había perdido? Mi secreto seguía encerrado en mi corazón, el de las voces y los platos volando por la cocina, sabía que jamás lo olvidaría y a veces tenía la tentación de gritarlo a los cuatro vientos. Pero, como me habían enseñado que hacían las niñas buenas, seguí callando.

—Miguel, tienes que salir de la cama, enfrentarte a la vida. Tus hijas te necesitan—le decía la tía Cristina, casi a diario.

Tanta fue su insistencia que una mañana, al levantarnos, le encontramos en la cocina:

—Preparad todo que nos volvemos a casa—nos dijo.

Y allí, entre aquellas cálidas y sólidas paredes, dejamos la única posibilidad que la vida nos podía haber dado para cambiar el rumbo de nuestra travesía. Regresamos a la pobreza extrema, al trabajo duro, a la necesidad, y sobre todo a una casa sorda, ciega y muda sin mi madre en ella, una casa en la que se podía palpar su ausencia como una densa sombra que nunca nos abandonaba. Nada quería ver, ni oír, nada tenía que decir porque la única persona que me escuchaba ya no estaba. Y por fin entendí la magnitud de lo que había ocurrido, de mi pérdida, de su marcha, sin terminar de saber cómo iba a poder sobrevivir sin ella.

Cuando pude calmar aquella pena que me paralizaba comencé a observar que fuera de los muros de nuestro hogar también parecía reinar la tristeza. No éramos solo nosotros los que sentíamos miedo y desolación. El temor y la angustia se habían instalado en los rostros de nuestros vecinos, en el de los amigos o las personas anónimas a las que no conocíamos, y aquellas voces que nos hablaban desde los escasos aparatos de radio de la época sonaban inciertas y tenebrosas, presagiando la peor de las tragedias. Entonces pregunté a mi padre qué estaba ocurriendo y me respondió con la peor de las sentencias:

—Estamos en guerra.

Había estallado la Guerra Civil. El ambiente estaba revuelto y aunque en un principio aquella guerra parecía estar librándose lejos de nuestras casas, en enero del año siguiente, en 1937, supimos que estábamos equivocados. Un buque de la armada italiana bombardeó la ciudad, que se había convertido en la capital del Gobierno de la República, sembrando el caos y la destrucción en las calles.

Mi padre cambió. Dejó de ir al casino y se preocupaba por nosotras, prohibiéndonos salir solas. Nos fabricó unos palitos de madera, uno para cada una, que colgaban de una cuerda a modo de collar, y nos indicó la importancia que tenían.

—Llevadlos siempre encima. Si yo no estoy con vosotras, cuando suene la sirena que indica los bombardeos debéis salir corriendo al refugio. Tenéis que procurar no separaros y cuidad de las pequeñas. En el refugio os encontraréis con las vecinas y os ayudarán.

—¿Y el palito? —pregunté.

—Ponedlo entre los dientes y apretadlo fuerte mientras caigan las bombas. Impediré que os estallen los oídos.

A veces íbamos con papá, otras con las vecinas y muchas otras solas. Al llegar al refugio obedecíamos sus órdenes: colocaba el palo entre los dientes de Mercedes y le pedía que lo mordiera con fuerza, mostrándole cómo lo hacía yo. Mientras mi boca se iba llenando del sabor amargo de la madera, abrazaba con fuerza a mi pequeña hermana tratando de calmar su tiritona, mezcla de terror y de frío. Los mayores esperaban a que el atronador aullido de las bombas callara para entonar canciones con las que ahuyentar el miedo de los más pequeños y yo, a veces, les contaba cuentos, como hacía antaño en el patio de mi casa, a la espera de que un nuevo bramido de la sirena indicara que ya había pasado el peligro y podíamos regresar a casa, con las mandíbulas doloridas de tanto apretar nuestros palos.

Se convirtió en un ritual ir en secreto al cementerio en el que reposaban los restos de mi madre, arrodillarme ante su lápida y hablar con ella. Le pedía protección para mí y mis hermanas pero también para los demás niños del barrio que no tenían una madre en el cielo que cuidara de ellos. Después guardaba silencio, esperando que me recorriera ese escalofrío que atravesaba todo mi cuerpo, como si fuera un rayo que caía del cielo, y que yo interpretaba como una señal de que me escuchaba, de que estaba conmigo en todo momento, dentro de mí, alrededor de mí.

Mi padre se preguntaba por qué no cicatrizaba nunca una herida que me había hecho en mi

rodilla derecha y solo yo sabía que se debía a tantas horas postrada ante la tumba; la herida siempre estaba abierta, sangrando, hasta que una vecina con la que coincidimos en el refugio le dio la pista.

—*Veig la teua filla*¹¹¹ todos los días en el cementerio.

Fue entonces cuando lo entendió pero desde ese momento me prohibió volver al camposanto. Nunca más iría allí, tenía que estar en casa y obedecer a mi hermana Isabel. Yo intuía lo que nos esperaba con Isabel al cargo de todas nosotras pero, como siempre, guardé silencio. Ella organizó la casa y se quedó con todos los recuerdos de mamá, pero yo me sentía rica con el anillo que por aquel entonces guardaba en un escondite secreto que había creado a propósito, en el que pensaba que mi reliquia estaría a salvo.

Fruto de la miseria y de la falta de medicamentos que trajo la guerra, se produjo una epidemia de tuberculosis en la ciudad e Isabel enfermó. Era muy contagiosa y en la mayoría de los casos la enfermedad llevaba a la muerte. Sacaron a las pequeñas de casa y yo me quedé cuidando a mi hermana mayor, junto con una amiga de mi padre que tenía una hija de mi edad, Carmen. Esta vez todo salió bien; Isabel se curó, no nos contagiamos, y de aquel episodio me quedó el más bello regalo que tuve en mi infancia y juventud: la amistad de Carmen. Su madre era viuda y siempre estuve convencida de que andaba enamorada de mi padre, pero él no estaba preparado para afrontar una nueva relación. De nada sirvieron mis súplicas a Dios para que se convirtiera en mi madrastra y, de esa manera, vivir junto a mi querida amiga Carmen. Se convirtió en mi confidente, en mi amiga del alma, y por primera vez en la vida pude experimentar lo que se sentía al abrir el corazón a otra persona, al confiar en otro, al saber que no estaba sola del todo en aquel desierto de caricias, ternura o amor en que se había convertido mi existencia. Le pedí a mi padre que fabricara otro palito de madera para ella, temerosa de que le fueran a estallar los oídos, y pronto colgó de su cuello, lo que me dio la sensación de que la convertía en una hermana más, porque así era como yo la sentía.

Isabel llevaba la casa como podía, Pilar trataba de reubicarse y yo me ocupaba de mi hermana Mercedes, una niña preciosa, mientras mi padre intentaba trabajar y llevar a casa algo de comida en medio de aquella dura contienda. Rezaba cada noche para que terminara la guerra, atendía a las conversaciones de los mayores y buscaba información, pero lo único que escuchaba a todas horas era que «estábamos perdiendo». Todo apuntaba a que se aproximaba el final de la contienda cuando una mañana, al alba, unos puños golpearon la puerta de casa preguntando por mi padre. Le llamaban a la reserva. En efecto, iban perdiendo, y necesitaban todas las manos posibles para contener al enemigo.

Fue como quedarnos huérfanas del todo, sin auxilio de un adulto que nos protegiera, tres niñas solas porque a la pequeña se la llevó alguien, no recuerdo bien quién. Antes de marcharse, mi padre se volvió loco tratando de conseguir comida. Tuvo muy poco tiempo para abastecernos de alimentos y dejarnos algunos víveres para que no muriéramos de hambre en su ausencia. Compró lo que pudo, todo era escaso, no sabía cuándo acabaría la guerra ni por tanto cuándo podría regresar. Papá se marchó y atrás dejó un saco de algarrobas, otro de cebollas, un recipiente con carne en aceite y a cuatro hijas solas, abandonadas a su suerte.

Todavía no sé cómo pudimos salir adelante. Nos había aconsejado que racionáramos la carne para que nos durara lo más posible y así lo hicimos. Creo recordar que yo apenas la probé, a

pesar de que era la más comedora y mi organismo lo quemaba todo muy deprisa. Mercedes y Pilar comían carne y yo alternaba las algarrobas con las cebollas, aunque estas últimas picaban tanto que después de ingerirlas el estómago me ardía. Las vecinas nos habían visto nacer y nos tenían lástima, pero no podían ayudarnos porque también había escasez en su casa, así es que cuando me preguntaban por nuestra dieta y les hablaba de los dolores que me causaba, me daban consejos para evitar que las cebollas me sentaran tan mal. «Tienes que ponerles sal, verás que de ese modo se quita el picor», me decían. Aquellas ardientes cebollas me permitieron sobrevivir pero nunca pudieron acabar con esa eterna sensación que, en ocasiones, llegaba a convertirse en auténtico dolor físico.

Llegó un día en el que no pude más. Sentía, literalmente, que iba a morir de hambre. Lo había hablado tiempo atrás con Pilar, pero ni ella ni yo queríamos tomar esa difícil decisión. Me atreví cuando tuve el palpito de que mi madre, desde donde fuera que estuviera, me animaba a hacerlo y me apoyaba; cuando hablé con ella, le consulté, y sentí ese escalofrío que siempre asociaba a sus mensajes. Fue entonces cuando saqué de mi escondite el anillo en cuyo interior podía leer su nombre, Sara, y con él en la mano me dirigí a buscar un horno de pan. Pilar tomó una dirección y yo otra, con la idea de aumentar las posibilidades de encontrar un lugar en el que nos cambiaran los anillos por comida.

Tuve que entrar y salir de muchos hornos, en alguno incluso me amenazaron con llamar a la policía pensando que lo había robado, hasta que en uno de ellos me prestaron atención. Allí cogieron el anillo, lo miraron detenidamente, y me dieron una pequeña bolsa con pan duro a cambio de mi más entrañable recuerdo. En aquel instante todo se perdió para siempre y dije adiós al último objeto material que me confirmaba que ella había existido, que mi maravillosa madre no había sido una invención de mi mente infantil. Allí se quedó el anillo de Sara, en el dedo de una gruesa panadera que tendría serias dificultades para sacarlo de tan encajado como le quedaba. El camino de vuelta lo hice chupando lentamente un trozo de pan para ablandarlo y a la vez prolongar el placer de comerlo, intentando que me durara lo más posible. Mientras lo hacía, pasé por delante de un escaparate desde el que asomaban algunos dulces y recordé aquellas tardes de chicas en las que merendábamos pasteles. Y juré que ese recuerdo, ese sí que sí, no lo cambiaría nunca por nada.

Pasamos mucho tiempo sin noticias de mi padre, del que no sabíamos si estaba vivo o muerto. Nadie nos ayudaba, ni siquiera nuestra familia, y aquellos días se convirtieron en largos, eternos, con ese negro agujero en el estómago y nosotras solas, a veces llorando, otras durmiendo, otras saliendo al campo en busca de cualquier tubérculo que hubiera quedado sin recoger... Fueron tiempos difíciles, muy duros, en los que el recuerdo de mi madre siempre estuvo presente y, a veces, muy pocas, me alegraba de que se hubiera ido para que no se viera obligada a padecer semejante vida.

Por fin, un día, mi padre regresó. Di las gracias en silencio a aquellos que nos lo habían devuelto a casa y en especial a mi madre, porque quería creer que ella desde el cielo había tenido algo que ver.

Sabíamos que no éramos los mismos que nos habíamos dicho adiós unos meses atrás. Yo tenía algo más de catorce años y la sensación de ser una anciana con toda una historia a mis espaldas. Catorce años y el resto de una vida a la que hacer frente, cruzando los dedos para ver si esta vez llegaban buenos vientos y depositaban, por fin, las semillas de la suerte alrededor de nuestra familia.

[\[1\]](#) Veo a tu hija.



V CAPÍTULO

La guerra había terminado y a su regreso a casa mi padre consiguió un contrato en una fábrica, donde asumió un puesto de responsabilidad ejerciendo como encargado de turno. Era muy respetado tanto por los trabajadores como por los empresarios ya que trataba de ser justo y obtener mejoras para sus compañeros, convencido de que cuanto mejor estuvieran ellos más beneficios obtendría la empresa. Consiguió dos puestos de trabajo para nosotras, uno para Pilar y otro para mí, porque consideraba que su hija mayor debía quedarse a atender la casa y ocuparse de las tareas del hogar. Permitted que Isabel se empoderara y ella se arregló la vida fácil y cómoda, sin trabajar ni dentro ni fuera, viviendo a costa del esfuerzo y del sacrificio que hacíamos las demás.

Isabel se quedaba durmiendo mientras Pilar y yo amanecíamos cada día antes del alba. Eran las cuatro de la mañana cuando nos poníamos en pie ya que a las seis teníamos que estar en la fábrica, en nuestros puestos de trabajo. Por suerte habíamos conseguido dos bicicletas y el camino se hacía más ligero de lo que hubiera supuesto tener que recorrerlo andando. Trabajábamos en departamentos distintos y esperábamos con ganas que pasaran los seis días en los que estábamos de mañana y teníamos que madrugar tanto, para alternarlos con los seis que luego estábamos en turno de tarde, aunque en este segundo caso nos enfrentábamos a la angustia de volver a casa solas, de noche; no dejábamos de ser dos criaturas pequeñas y asustadas. Llenaba esos caminos de vuelta con historias de aquellas que inventaba para los niños del vecindario, en lo que me parecía que había sido otra vida, como si hubieran pasado muchísimo más de los tres o casi cuatro años que me separaban del que había sido el último momento feliz de mi infancia. Así entretenía a Pilar con preguntas, con juegos de palabras, con cuentos bonitos, y cuando queríamos darnos cuenta veíamos a lo lejos la luz que asomaba por la ventana de nuestra cocina, sintiéndonos a salvo.

Se podía entender que en una casa en la que entraban tres jornales podríamos haber vivido bien, pero no era así. Porque a pesar de que Pilar y yo entregábamos nuestros sueldos a Isabel para que los administrara, ella no nos daba de comer y no exagero si digo que nos mataba de hambre. Medio boniato hervido, fileteado como si fuera patatas fritas, con pan del día anterior, componía todo nuestro almuerzo. Nos obligaba a cenar antes que ella y que mi padre para que este no viera que solo nos daba boniato, boniato y más boniato. Pasaban muchas horas desde la cena al almuerzo del día siguiente, y ante la ausencia de desayuno Pilar y yo sentíamos que íbamos a desfallecer; no podíamos aguantar hasta la pausa del trabajo con el estómago vacío, y nos comíamos el frugal almuerzo antes de la hora, en cuanto salíamos de casa, para tener algo de energía y poder trabajar. Después, cuando nuestro turno paraba para el almuerzo, decíamos que no teníamos hambre cuando lo que en realidad no teníamos era nada que echarnos a la boca.

Para colmo, de mi exiguo bocadillo todavía partía un trozo para que Mercedes lo llevara al colegio. Eso sí, a Isabel nunca la veíamos comer, pasaba el día sola y ya se apañaría con los tres

sueldos que dejábamos cada final de mes en casa para procurarse todo lo que quisiera.

Si coincidíamos con el turno de mi padre íbamos en bicicleta los tres y aunque por un lado nos sentíamos protegidas por su compañía, por otro no nos gustaba ya que su presencia nos impedía detenernos a hacer nuestra travesura preferida. Cuando íbamos solas parábamos en el camino y, mientras dejaba a Pilar vigilando, yo aprovechaba para entrar en el campo a coger unas remolachas largas, moradas, con forma de zanahoria, la comida favorita de los caballos. No me gustaba robar y cogía solo dos, las que en ese momento podíamos comer para tratar de engañar al estómago. Les quitaba los restos de tierra lavándolas en las acequias de regadío, en las que el agua corría limpia, transparente, y después nos las comíamos crudas a pesar de que Pilar, al ser tan tiquismiquis, no dejaba de protestar diciendo que no le gustaba. Pero se la comía, vaya si se la comía. El hambre no entiende de sabores, texturas u olores. El hambre llena el estómago y ¡hasta dentro de unas horas!, cuando volverá a recordarte que necesita alimento para vivir, un derecho básico y universal de los seres humanos, y en especial de los niños, que con demasiada frecuencia no se respeta ni se cubre. A mí aquellas remolachas se me antojaban el mejor de los manjares y nos reíamos viendo como nuestras lenguas y bocas se iban tiñendo de morado a medida que desaparecían de nuestras manos.

Avergonzada por robar comida y sentirme tan pobre, le pedía a mi hermana que al llegar a la fábrica mantuviera la boca bien cerrada para que nadie se percatara de que comíamos remolachas crudas destinadas al ganado, así es que pasábamos la jornada laboral procurando estar calladas para no delatarnos.

Llevaba en secreto nuestra miseria, no quería que nadie se enterara de lo que ocurría, especialmente mi padre, que no sabía del padecimiento de sus hijas. Evitaba líos, discusiones o problemas, bastante teníamos con trabajar, saciar el hambre y seguir adelante, recordando a mi madre cada día y añorando su sentido de la justicia a la hora de repartir lo poco que tuviéramos. «¡Qué diferente serían las cosas si ella estuviera aquí!», pensaba.

Para no tener que pasar en casa ni un segundo más de lo imprescindible, Pilar y yo nos buscamos un segundo trabajo. De ese modo quedábamos fuera del alcance de Isabel, en especial yo, porque estaba obsesionada con amargarme la vida.

En aquellos tiempos la amistad que mantenía con Carmen se convirtió en una especie de salvavidas. Nos queríamos muchísimo, nuestros padres se veían a menudo y gracias a eso disfrutábamos de nuestra entrañable compañía. Era como un ángel en mi camino, al igual que algunas compañeras de la fábrica, que me ayudaban en todo lo que podían. Se percataron de que yo era una buena persona que trataba de hacer por los demás cuanto estuviera en mi mano, porque de esa manera sentía que estaba homenajeando a mi madre y manteniendo vivo su recuerdo, sintiendo que esa generosidad la había heredado de ella.

Temía que llegara el momento de parar para el almuerzo porque yo no tenía nada. Veía esos bocadillos de tortilla francesa o de longaniza y se me hacía la boca agua, sin entender cómo ellas podían permitirse el lujo de comer tan bien mientras nosotras vivíamos miserablemente, siendo además mi padre un encargado, lo que le suponía un plus en el sueldo. A veces entre todas las compañeras juntaban dinero y compraban altramuces, cacahuetses o aceitunas. Yo no podía participar porque nunca tenía un céntimo, pero una de ellas, Amparo, ponía mi parte para que yo también comiera. Era tan tímida, estaba tan avergonzada, que apenas cogía una aceituna que, eso sí, me sabía a gloria. ¿Por qué sentía vergüenza de ser pobre, de pasar hambre? ¿Por qué era un estigma que tenía que ocultar? Mis compañeras eran muy buenas, se daban cuenta de mi situación

y trataban de ayudarme en la medida de sus posibilidades. Cuando se cansaban de sus zapatos o estaban muy viejos, me los regalaban. Casi nunca eran de mi talla pero los aceptaba, los agradecía... ¡y empezaba el sufrimiento! Si eran pequeños me apretaban tanto que el dolor era insoportable. Cuando eran grandes les ponía papel o algodón en las puntas y aun así me hacían llagas. Mi padre no sabía si teníamos o no zapatos, calcetines o ropa interior, porque esas eran cosas de mujeres, de madres, y los hombres no se fijaban. Yo no le hablaba de mis necesidades por no discutir, por no enfadar a Isabel, y ella se aprovechaba de mi silencio para seguir manteniendo a sus hermanas en la miseria.

Podría haber deseado muchas de las cosas que veía en las vidas de mis compañeras. Sus zapatos nuevos, su ropa, sus comidas... pero lo que de verdad me dolía y me hacía arder por dentro era escucharlas hablar de sus madres. «A ver qué me ha preparado hoy mi madre de bocadillo», «Mira, ¿has visto que falda tan bonita me ha hecho la *mare*^[1]?», «Ayer domingo pasamos el día en el campo. Mi madre preparó una coca de tomate y atún»... Madres, madres, madres flotando en el aire, amorosas, abnegadas, incluso duras y estrictas... Madres, madrecitas y madrazas... El mundo estaba lleno de madres y la mía reposaba bajo metros de tierra mientras que solo una cruz con su nombre y la cicatriz de mi rodilla dejaban constancia de que estaba allí. Era la peor de las hambres, la más dura de las miserias. Crecer con una hermana tirana, con un padre ausente, con la responsabilidad de una niña pequeña a mi cargo y otra de diez años que también dependía de mí... y sin madre. Cinco letras que englobaban un mundo y que se habían ido desprendiendo poco a poco hasta quedar difuminadas ante mis ojos. Cinco letras que yo ya no podía pronunciar sin que al hacerlo se me partiera el corazón.

[1] La madre.

VI CAPÍTULO

A demás de tener dos trabajos, los fines de semana los dedicaba a hacer limpieza de la casa: lavar el suelo, los cristales, los muebles... Pilar y yo nos preguntábamos qué hacía Isabel en toda la semana, además de dormir, comprarse ropa buena y al parecer comer, porque su aspecto no era el de una persona que pasara hambre, sin entender por qué teníamos que encargarnos nosotras de esas tareas si precisamente ella no trabajaba para poder hacerlas.

Un sábado me encontraba lavando ropa en el patio cuando llegó mi tía Marisa para hablar con Isabel y pasar un rato con ella. Eran uña y carne, íntimas, y al parecer mi hermana le había contagiado la animadversión que sentía hacia mí, que por aquel entonces debía tener catorce años.

Mis manos estaban abiertas, llenas de heridas y sabañones a cuenta del agua helada con la que lavaba. Aquella mañana estaba a punto de terminar; las camisetas blancas de mi padre, ahora impolutas, esperaban en un barreño para ser tendidas. Una más y la colada estaría lista.

Mi tía Isabel se acercó a mí. Sin mediar palabra, cogió las camisetas y las tiró en el rincón del corral donde se encontraba el gallinero. Las rebozó con los excrementos de las gallinas y me las devolvió:

—¡Están sucias! ¡Lávalas bien! —me gritó. Y entonces miró a Isabel y rompieron a reír a carcajadas.

No esperaba besos, abrazos, ni buenas intenciones, pero tampoco la malicia con la que actuó. ¿Por qué hacían eso? Era incapaz de entender esa maldad gratuita, hacer daño por el placer de hacerlo y además a una niña, la hija de su hermana, que tenía que estar revolviéndose en la tumba si podía estar viendo desde algún lugar cómo me trataba.

Recogí la ropa del suelo y volví a lavar sin decir una palabra, al principio tragándome las lágrimas, frotando de nuevo con mis manos infantiles, hasta que no pude más y estallé en un llanto que nubló el jabón, la camiseta, el agua, la pila, emborronando el mundo que me rodeaba. Solo deseaba morirme. Acabar con todo. Secar mis manos y dejarlas descansar, cruzadas sobre mi regazo, mientras los demás se ocupaban de todo porque yo estaría en una caja de madera de camino al encuentro con la única persona que me había querido... Un grito de Isabel me sacó de mis pensamientos:

—¿Terminas o qué? ¡Hay que atender a las gallinas!

También me tocaba dar de comer a las gallinas y retirar los huevos, algo que ninguna queríamos hacer porque nos daba miedo entrar en el gallinero y era habitual salir con picotazos en las piernas y pringada de suciedad.

Lloré, froté, tragué y trabajé hasta agotarme, alejando la tentación de rendirme, de acostarme esa noche para no levantarme de la cama, la tentación de quedarme allí eternamente. Alejé aquellos pensamientos porque sabía que de alguna manera era la única hermana mayor de Pilar y de Mercedes y dependían de mí, por lo que no podía dejarlas solas, en manos de Isabel. Mi

objetivo tenía que ser sobrevivir para conseguir algún día salir de esa casa en la que no encontraba un segundo de paz, llevándome a mis hermanas. Era cuestión de poner más coraje todavía y de dejar pasar un tiempo que solo podía correr a mi favor.

En el trabajo de la fábrica pegaba las gomas que luego se convertirían en ruedas de bicicleta. Aunque no era fácil aprendí pronto y cada vez me buscaban puestos más complicados a los que siempre terminaba por adaptarme. En el segundo de mis empleos hacía pulseritas, era menos duro pero también estaba peor pagado. No me importaba porque de lo que se trataba era de no estar en casa, de pasar fuera todo el tiempo posible.

Las vecinas eran mujeres de buen corazón que sabían lo que me ocurría. Me ayudaban con consejos para que las labores del hogar se me hicieran menos dificultosas y quedaran mejor en menos tiempo. También me enseñaron a cocinar algunos platos sencillos y lo mejor de todo es que aprendí a preparar paella. Me convertí en la única de las hermanas que sabía hacerla y se instauró en la familia la costumbre de hacer ese plato los domingos. Es difícil imaginar lo que eso significó para Pilar y para mí. Era el único día de la semana en que comíamos todos juntos e Isabel tenía que disimular delante de mi padre, de modo que podíamos esquivar el maldito boniato. Cocinaba una paella a leña en nuestro patio —nosotros lo llamábamos corral— y nos poníamos moradas a comer. Pilar y yo comíamos hasta que ya no podíamos más, conscientes de lo que nos esperaba el día siguiente y el siguiente... mientras Isabel se mostraba celosa de que su hermana pequeña, que además trabajaba fuera de casa todo el día, hubiera sido capaz de aprender a hacer el plato favorito de mi padre antes que ella. «Me recuerda tanto a la que hacía tu madre...», me decía, nostálgico. Y ella no lo podía soportar.

Por aquellos tiempos todo mi armario cabía en el más pequeño de los cajones: solo tenía una rebeca con cuello en forma redonda y una falda. La ropa interior me la hacía con telas que me regalaban a las que les cosía alguna puntillita para que fueran algo más bonitas. Para que pareciera que disponía de modelos diferentes iba cambiando la manera de ponerme la rebeca, un día abrochada hacia delante, otro hacia atrás. Isabel tenía muchísima ropa a pesar de que era la única que no trabajaba, pero a nosotras no nos compraba nada y a veces, cuando salía, Pilar y yo abríamos sus cajones y nos quedábamos extasiadas porque en ellos había incluso medias, que en aquellos tiempos solo se podían conseguir de estraperlo y a precio de oro. Nosotras no las conocíamos ni nos habíamos puesto unas jamás y no nos atrevíamos a probarnos las de nuestra hermana no fueran a romperse.

A pesar de todo, lo peor llegó en el momento en el que le dio por negarme el jabón.

Pasaba todo el día trabajando y al llegar a casa quería lavarme la ropa para que se secase y poder llevarla limpia al día siguiente. Isabel le daba jabón a Pilar pero a mí no, negándomelo con la intención de humillarme al verme sucia. Estar limpia era lo único que me hacía feliz, ese olor que tanto me recordaba a mamá porque fue siempre su único perfume, el de la ropa recién lavada y el pelo y la piel impecables. Pero ella se empeñaba en amargarme la vida al no darme ese trozo de jabón que yo necesitaba y que, para más saña, Isabel había comprado con el dinero que yo ganaba.

Todavía puedo recordar sus palabras:

—Eres una exagerada. La ropa se estropea de lavarla a diario.

A veces no podía más y estallaba, haciéndole frente. Mi padre lo escuchaba y cuando preguntaba qué pasaba, Isabel sacaba a toda prisa un trozo de jabón del bolsillo de su delantal, lo ponía en la mesa delante de mí y respondía:

—No lo sé. Dice que no le doy jabón y mira dónde lo tiene. Le gusta discutir por todo, es muy complicada.

Mi padre creía a Isabel, era su preferida y estaba un tanto manipulado por ella, por eso me reñía asegurando que siempre estaba buscando pelea. Yo, que llevaba callando todo lo callado por no discutir, por no crear el más mínimo problema, según él era la que buscaba pelea. Así es que no me quedaba más que volver a callar, subir a mi habitación y llorar, desesperada e impotente. Porque si Pilar me hubiera apoyado, si hubiera dicho la verdad, algo podríamos haber cambiado. Pero tenía miedo a las represalias de Isabel y por eso me dejaba sola a pesar de que nos llevábamos muy bien, de que nos queríamos mucho, aun sabiendo que yo siempre la protegía. Sin embargo era mayor el terror que le tenía a nuestra hermana que las ganas o la necesidad de apoyarme... El miedo siempre ha sido libre y difícil de controlar.

Desde que se había ido mi madre estaba sola, sin ningún apoyo en casa. Mi padre siempre sacaba la cara por Isabel, Pilar no quería enfrentamientos y la niña Mercedes era demasiado pequeña. Así es que lo único que me quedaba era hablarle a mi madre de mi infelicidad, sin encontrar consuelo en el eco silencioso que obtenía como respuesta.

—*Mare*^[1], no sabes cuánto te echo de menos... —le decía, entre lágrimas.

Con el tiempo encontré una válvula de escape. Los domingos por la tarde, después de comer, mi padre llevaba al cine a mis hermanas y les compraba palomitas y cacahuetes. De haber sido otro día les habría acompañado para dar buena cuenta de semejantes manjares, pero los domingos burlaba el hambre gracias a la paella y comencé a disfrutar de ese pequeño tiempo de soledad que yo traducía en silencio y tranquilidad. Esas horas vespertinas en que me quedaba en una casa vacía se convirtieron en mi mayor placer, todo un lujo, y se hizo costumbre que cada domingo, al atardecer, escribiera alguna carta. Era una mezcla entre una misiva y un diario, papel sobre el que dejar caer mis sentimientos, mis muchas penas y alguna alegría, como si sacándolo de mi interior se aligerara un tanto esa losa que sentía en mi pecho. En ninguna de aquellas cartas puse nunca el nombre del destinatario. Pero en el fondo de mi corazón, sabía a quién iban dirigidas.

[1] Madre.

VII CAPÍTULO

El primer chico que me pretendió tenía diez años más que yo. Era soldado, estaba haciendo el servicio militar en Valencia y era muy atractivo, pelirrojo, muy alto, delgado y educadísimo. Pasó una semana entera yendo detrás de Pilar y de mí, siguiéndonos a todas partes antes de atreverse a hablarnos. Nos pidió permiso para caminar con nosotras y comenzó a contar chistes, historias graciosas que él aseguraba que eran anécdotas verídicas. Pilar y yo no soltábamos palabra, del miedo que nos daba que se pudiera enterar mi padre, aunque no podíamos evitar la risa que nos provocaba. Muchas veces salía sola a la calle a hacer algún recado y le encontraba esperándome. Se ponía a mi lado y me acompañaba en silencio. A mí al principio me daba miedo, le veía muy mayor y no sabía nada de los hombres, por lo que no terminaba de entender cuál era su intención.

Como si tuviera ojos en la nuca o fuera una bruja, Isabel comenzó a intuir que algo pasaba al darse cuenta de que salía con más frecuencia que antes. Una tarde en la que había quedado con él, me prohibió salir con la única excusa de que llovía. No pude ni siquiera avisarle y el pobre estuvo plantado enfrente de casa durante toda la tarde, empapándose bajo la lluvia, mientras yo me asomaba a través del cristal de la ventana y le decía que no con el dedo, pero él no me veía. Después de aquello desapareció durante unos días. Pensé que se había cansado de mí o que se había enfadado por el plantón, pero cuando le volví a ver me contó que le habían arrestado porque el día de la lluvia, que tenía guardia, pagó a un compañero para que le reemplazara y así poder ir a verme... y les terminaron pillando. ¡Era tan romántico! ¡Me esperaba bajo la lluvia, se arriesgaba a un arresto por pasar un rato conmigo...! ¿Aquello sería el amor?

Nos gustaba caminar por las calles en silencio, aunque él casi siempre lo rompía con alguna chanza que me hacía reír. En uno de esos paseos me ofreció entrar a una cafetería porque quería invitarme a merendar. Tenía muchísima hambre, por lo que la tentación era enorme, pero conseguí ignorar a mi estómago, escuchar a mi cabeza y decirle que no. Se quedó chafado, pero se repuso haciéndome la más inocente de las proposiciones:

—Verónica, por favor. ¿Puedo cogerte el dedo meñique de tu mano?

Volví a decirle que no, incluso me aparté un poco de su lado, temerosa, a la vez que me moría de risa por dentro porque me hacía gracia su cortejo, conteniendo las ganas de decirle que sí, que cruzáramos nuestros meñiques a ver qué pasaba, qué se sentía. No me atreví.

Era de Madrid y a todas horas presumía de su ciudad. Que si la Gran Vía, que si el Parque del Retiro, los bocadillos de calamares de la Plaza Mayor, los caracoles, las castañas asadas... disfrutaba describiéndome increíbles lugares y sabrosos manjares y yo a veces fantaseaba con que me casaba con él y me iba a vivir a la capital, donde nadie me conocería ni sabría de mi hambre, ni de mi miseria, ni de los zapatos de diferentes tamaños, grandes y pequeños, que me destrozaban los pies... Un lugar en el que empezar de cero y con todo un mundo por descubrir. Como sueño,

desde luego, era inmejorable.

Me leyó una carta que había escrito a sus padres. En ella les contaba que había conocido al amor de su vida. Me describía como una mujer muy hermosa, humilde, trabajadora, poseedora una gran bondad, con un enorme corazón. También quiso presentarme a una tía que tenía en Valencia, en cuya casa se quedaba cuando estaba de permiso. Ella le cuidaba, le lavaba la ropa y allí se cambiaba el uniforme. Me contaba que le hablaba mucho de mí y que su tía se enternecía al saber que era huérfana de madre y al conocer mi difícil situación, pero tampoco accedí a verla. Conocer a su tía o que hablara de mí a sus padres me parecían palabras mayores, algo mucho más serio que salir a pasear o charlar; yo era muy joven y estaba aterrada con la idea de que se enterara mi padre o Isabel, que no sabía en realidad a cuál de los dos temía más.

Tanta precaución no me sirvió de nada porque alguien debió irle con el cuento a mi hermana y se volvió loca, prohibiéndome salir a la calle si no era para ir del trabajo a casa, de casa al trabajo, y siempre con mi padre al lado.

Una compañera me dijo que «mi pretendiente» —así lo llamó ella— había ido a la fábrica preguntando por mí. Cuando me levantaron el castigo volví a salir y le busqué por aquellos lugares que solíamos recorrer juntos, pero no le encontré. Echaba de menos sus palabras amables, la risa que me provocaba y esos ratos que pasábamos juntos y que me ayudaban a olvidarme de lo que sufría en casa. Seguí saliendo, buscándole, y empecé a esperar cada día al cartero, atenta a su paso por casa, por si me llegaba una carta de Madrid en la que me explicara qué había sucedido. Pero nada. Aquella historia pasó igual que había llegado y yo tuve que seguir haciendo frente a una realidad cada día más complicada.

Mercedes se convirtió en mi única alegría. Quería ejercer con ella de hermana mayor, esa que no teníamos ninguna de nosotras porque Isabel era más una madrastra mala que otra cosa. Era una preciosidad de niña, muy buena y feliz dentro de su candidez infantil. Yo la cuidaba con esmero no solo compartiendo con ella mi almuerzo; además estaba pendiente de que fuera siempre limpia para que nadie notara que estábamos sin madre. Cuando estaba en casa a primera hora de la mañana, porque tenía turno de tarde, la arreglaba antes del ir al colegio. Le encantaba que le hiciera trenzas y a mí peinarla, porque tenía un pelo precioso que me recordaba muchísimo al de mi madre. Tuvo una época en la que le dio por llamarme mamá. Allá a donde fuéramos se dirigía a mí de ese modo y por más que le decía que no, que su mamá se llamaba Sara y estaba en el cielo, ella me abrazaba con ternura y me decía:

—Pero yo a ella no la conozco. Mi única mamá eres tú.

Le hablaba mucho de nuestra madre, le contaba cómo era, cómo olía, las cosas que me había enseñado y todo lo que nos quería. Mercedes y Pilar eran el motivo por el que aguantaba, no quería que se quedaran sin madre dos veces, porque a esas alturas tenía claro que yo representaba para ellas esa figura, y se habían creado entre nosotros unos increíbles lazos de cariño y de necesidad de ayuda que nos sostenían en los peores momentos. Sin embargo un día en el que no pude más todo estalló.

No ocurrió nada nuevo, nada que no hubiera pasado antes, quizás ese día estaba más sensible, o harta, o agotada... Pero en esa ocasión lloré durante horas cuando se negó a entregarme el jabón y más tarde, aprovechando que ella había salido, Pilar y yo nos metimos en su habitación tratando de localizar el lugar en el que lo escondía. Buscando mi jabón —del que no encontramos ni rastro— nos topamos dentro del armario con un cofre grande, cerrado con llave. Cuando regresó a casa no le preguntamos nada, pero intuimos que se estaba haciendo su ajuar, su dote, con el dinero que

ahorraba haciéndonos pasar hambruna.

Estaba tan desesperada que recurrí a mi amiga Carmen, mi único desahogo junto a aquellas cartas que había comenzado a escribir. Aunque ella de sobra lo sabía, le volví a contar lo infeliz que era, lo mal que me trataban Isabel y mi padre, y le pedí, casi le supliqué, si me podía ir a vivir con su madre y con ella. Carmen era hija única y su madre había enviudado, por lo que pensé que les vendrían bien mis dos sueldos, que yo estaba dispuesta a aportar en la casa solo a cambio de cama y comida, pensando que así podría ayudarles a pagar el alquiler.

Carmen se puso muy contenta, pero teníamos que hablar con su madre. Cuando le planteamos a Maruja nuestra idea su primera respuesta fue decirnos tajantemente que no:

—¿Estáis locas? ¿Qué va a decir tu padre? Siendo menor de edad no puedes hacer nada sin su consentimiento y no creo que te lo haya dado ¿verdad?

Agaché la cabeza, callando. Sabía lo que ocurría en realidad: a Maruja le gustaba mi padre y lo último que quería era enfrentarse a él.

—Si quieres salir de tu casa, unas calles más allá tienes una pensión. Pero yo no quiero problemas con Miguel —me dijo, dando por zanjada la conversación.

A Carmen y a mí no se nos ocurrió otra cosa que plantarnos delante del portal en el que se encontraba la pensión. Habíamos oído que era ahí donde las prostitutas iban con sus clientes a ejercer su profesión, contratando las habitaciones por horas, por eso nunca nos habíamos acercado demasiado al lugar. Ignoro de dónde sacamos el valor, pero nos cogimos de la mano y entramos. Comenzamos a subir las escaleras casi en penumbra, tratando de adivinar a qué olía exactamente, una mezcla dulzona de sudor y basura, cuando en uno de los descansillos nos encontramos ante el umbral de una de las puertas con una mujer medio desnuda abrazada a un hombre. Salimos corriendo, corriendo sin parar, hasta que sentimos que estábamos lo suficientemente lejos como para que no nos alcanzara ningún huésped de la pensión y nos secuestrara o nos sucediera alguna de esas tragedias que nuestra mente imaginó a cámara rápida. El corazón parecía querer salirse por mi boca, palpitando agitado después de la carrera, del susto y la impresión, y tardó largo rato en volver el ritmo normal de la respiración a mi pecho.

Maruja nos había dado el disgusto del siglo. Sin más remedio tuve que volver a casa y me pasé la noche llorando, mientras Carmen me prometió que intentaría hacer razonar a su madre para que cambiara de opinión. Yo sabía que era complicado y que si había un camino para salir de aquel infierno no habría de ser ese, el de trasladarme a vivir a la casa de mi querida amiga, ni por supuesto quería volver a oír hablar de alquilar una habitación en aquella inquietante pensión. Tocaba seguir bajo el techo que dirigía mi hermana, a la espera de que el tiempo pasara y me abriera alguna puerta por la que poder escapar.



SEGUNDA PARTE

*«Amor, cuántos caminos hasta llegar a un beso,
¡qué soledad errante hasta tu compañía!»*

Pablo Neruda



VIII CAPÍTULO

Siempre iba corriendo de un lado a otro cuando me encargaban una tarea en la fábrica. Era lista, rápida, me encantaba aprender y aunque me iban cambiando de puesto siempre acababa por hacerlo bien. Mi lema era: «Si hay una persona que pueda hacerlo, yo también puedo». ¡Y vaya si lo lograba! Quería ser una buena empleada, que estuvieran contentos conmigo. Trabajar era una especie de válvula de escape porque ni el peor de los jefes podía compararse con Isabel. Mis compañeras me apreciaban mucho, de modo especial Amparo, que me había cogido mucho cariño a pesar de la diferencia de edad que nos separaba ya que ella era bastante mayor que yo. Nos hicimos buenas amigas y se convirtió en un importante pilar en el que me apoyaba para salir adelante. Sacábamos ratitos libres en los que me enseñaba a coser o a tejer punto con restos de lana, charlábamos, y aunque yo era muy tímida y apenas le contaba mis problemas ella los intuía; siempre parecía saber qué me ocurría. Era lista y pronto se percató de lo que estaba pasando.

Yo siempre iba a toda prisa de un lado para otro y ella me decía:

—No corras, tan solo camina y presta atención. Hazme caso, que sabe más el diablo por viejo que por diablo.

Me explicó que lo que quería decir era que fuera despacio porque de tanto andar con la cabeza gacha mirando al suelo, tratando de pasar desapercibida, quizás me estaba perdiendo algo bonito que ocurría a mi alrededor. Amparo comenzó a mandarme casi a diario a hacer recados a otra sección diferente a la nuestra, recomendándome que estuviera atenta.

La primera vez que lo escuché sonaba a lo lejos, como si al caminar de vuelta a mi puesto se fuera alejando la melodía. Eran los acordes de una conocida canción que sonaba en la radio en aquellos tiempos.

*«Amapola, lindísima Amapola
Será siempre mi alma tuya sola
Yo te quiero, amada niña mía
Igual que ama la flor la luz del día...».*

Era una melodiosa voz masculina que subía y bajaba el tono llamando mi atención. No le di importancia, pero reconozco que deseaba que Amparo me enviara a aquella parte de la fábrica porque cuando me acercaba por allí comenzaba a sonar la canción. Tan inocente era, que tuvo que ser una amiga la que me explicara lo que estaba ocurriendo.

—Pero Verónica, ¿no te das cuenta de que te canta a ti? ¿De que solo canta cuando tú apareces?

—¿A mí? —le respondí, avergonzada.

—Sí a ti, *xiqueta*¹¹.

A partir de ese momento empecé a prestar atención. Era cierto. Cuando me acercaba comenzaba a cantar y al alejarme se detenía. Yo era joven, tímida, y me moría de vergüenza

porque todos mis compañeros parecían mirarme cuando empezaba la melodía. Además, estaba aterrorizada de pensar que pudiera enterarse mi padre, que le llegara el rumor que ya corría de boca en boca entre los compañeros que aseguraba que «la hija de Miguel tiene un admirador».

Era Marco. Un joven muy atractivo, seis años y medio mayor que yo, sobrino del otro encargado de la fábrica, el que trabajaba en el turno distinto al de mi padre. Estaba haciendo el servicio militar ¡por segunda vez! ya que le había tocado realizarlo durante la República, había luchado en la guerra y al ganar Franco la contienda le obligaron a repetirlo para jurar la nueva bandera, la rojigualda que sustituía a la tricolor. En su tiempo libre, cuando estaba de permiso, trabajaba por horas en la fábrica para sacarse un pequeño sueldo.

Él lo desconocía, pero no solo me había conquistado con su voz sino también con la canción elegida para cantarme.

*«Amapola, lindísima Amapola
No seas tan ingrata y ámame
Amapola, Amapola
¿Cómo puedes tú vivir tan sola?».*

Había dado en la diana. En el centro de mi corazón. Tenía 17 años y seguía sola, muy sola, en una profunda soledad que dolía tanto... y Marco había tocado mi alma con aquella canción porque desde la muerte de mi madre y durante mi infancia y mi juventud me había sentido una flor abandonada sin saber, como decía la letra, cómo había podido vivir hasta entonces tan sola.

Con el tiempo me enteré de que lo suyo había sido un amor a primera vista, un flechazo. A pesar de que no tenía dinero para maquillajes ni para ropa bonita, iba siempre con la cara lavada y me arreglaba el pelo con tirabuzones que me sentaban muy bien. En uno de aquellos momentos en los que coincidimos, Marco le dijo a un compañero:

—¿Ves a aquella *xiqueta*^[2]? Voy a casarme con ella y va a ser la madre de mis hijos.

Lo tenía tan claro que aprovechó que conocía a mi padre, gracias a que su tío se lo había presentado, para pedirle permiso y acompañarnos a casa. Yo esperaba expectante el final de la jornada para coger nuestras bicicletas y hacer juntos el camino de regreso, que procuraba ralentizar con la idea de pasar a su lado todo el tiempo posible. Gracias a esos paseos nos fuimos conociendo. Había perdido a su madre cuando tenía dos años y apenas sabía nada de ella sino que era aragonesa, aunque nadie supo decirle nunca el lugar concreto de su nacimiento. Sus vecinas le habían hablado de la increíble voz que poseía y aseguraban que cantaba tan bien que los carruajes y las carretas se detenían a escucharla mientras que ella, ajena al interés que suscitaba, hacía las tareas de casa con las ventanas abiertas tarareando jotas y canciones populares. Marco y su hermano estaban convencidos de que habían heredado aquella preciosa voz y nos lo demostraba mientras hacíamos el camino, lo que producía en mí una enorme vergüenza que me hacía agachar la cabeza ocultando la mirada mientras Pilar le escuchaba embelesada, aplaudiendo con fervor cuando la canción terminaba.

Marco había perdido algo de audición de su oído izquierdo durante la guerra. Viajaba en un tren militar republicano formando parte de la 49ª Brigada Mixta, cuando al llegar a la estación de Xàtiva un grupo de aviones comenzó a lanzar bombas sobre el convoy. Una de ellas le cayó tan cerca que a punto estuvo de matarle. Aquella acción militar fue conocida como el *Guernica*

valenciano por las numerosas bajas civiles y militares, y solo los ocupantes del vagón en el que él viajaba, el decimotercero, se salvaron de morir. Desde aquel momento el trece se convirtió en su número de la suerte porque siempre le acompañó la sensación de que aquel día había vuelto a nacer.

Teníamos muchas cosas en común. Los dos habíamos crecido sin madre y él también había pasado frío y penalidades. Hablamos poco de la guerra. Nunca me dijo que hubiera matado a nadie, pero sí me contaba que el bando republicano tuvo que luchar en la peor de las circunstancias, sin ropa de abrigo, sin botas, sin comida. Pasaban tanta hambre que guardaban en su maleta los troncos crudos de las coles para comerlas cuando apretara la necesidad, hasta que llegaran refuerzos y, con ellos, algunas provisiones.

Me enamoré de su voz, de sus canciones, de aquellos cánticos republicanos que me recitaba muy bajito, casi al oído, y que me estremecían de emoción. Me enamoré de sus ojos brillantes y de lo bien que se portaba conmigo. Pero, sobre todo, me enamoré de su soledad, de ese espacio oscuro y triste, silencioso, en el que había vivido, cantando por fuera pero sintiéndose solo y abandonado por dentro. Supe que éramos almas gemelas, que todo lo que nos había ocurrido hasta ese momento había sido para terminar por encontrarnos. Cualquier sufrimiento había merecido la pena si podía disfrutar del resto de mi vida junto a aquel hombre.

Habían pasado unos meses cuando Marco pidió permiso a mi padre para entrar en casa y formalizar nuestra relación. Este puso la condición de que no saliéramos nunca solos, así es que nos tocaba cargar siempre con Pilar o Mercedes de carabinas. A Isabel aquello le sentó realmente mal, le molestaba no solo que yo hubiera sido la primera hermana en tener novio sino verme feliz con una persona al lado que me amaba, que me adoraba. Redobló sus esfuerzos por hacerme la vida imposible, más me negaba el jabón, más trabajo me dejaba para que hiciera en casa, tratando de impedir que pasara tiempo con mi enamorado.

Una tarde Marco me recogió y salimos a pasear acompañados de Mercedes. Apenas nos habíamos alejado de mi casa unas calles cuando rompí a llorar. Fue la primera vez que me dejé abrazar por él, cayendo en sus brazos sin pensar en si me estarían viendo o en lo que podrían decir de mí los vecinos o conocidos. Necesitaba ese abrazo, sus fuertes brazos acogedores, el calor de su pecho, el palpitar de un corazón tan cerca de mi oído, la mejor de las músicas que había escuchado jamás. Cuando pude reponerme le conté el motivo de mi llanto. Marco secó mis lágrimas con ternura y me cogió de la mano, guardando silencio. Caminamos hasta encontrar una tienda, una pequeña perfumería de barrio, donde entramos.

—¿Cuánto jabón puede darme por esto? —le pidió a la dependienta, mientras ponía sobre el mostrador las escasas monedas que llevaba en el bolsillo.

La joven nos mostró una pastilla. Marco asintió y ella la envolvió en papel de estraza.

—Escóndelo, que no se entere que lo tienes, y no te disgustes nunca más por esto. Yo te traeré jabón cada semana o te daré el dinero para que lo compres —me dijo al salir del local para, a continuación, susurrar al oído de Mercedes— y tú, pequeñaja, nos vas a guardar el secreto, ¿verdad?

Fue su primer regalo, incluso quizás el primero que me hacían en toda mi vida, y mi corazón se derritió de ternura, amor y agradecimiento. Me sentía la mujer más afortunada del mundo. Si quedaba un resto del miedo que hasta entonces había sentido hacia los hombres, se esfumó por completo. Era bueno, generoso, cariñoso y parecía estar loco de amor por mí. ¿Qué podía temer de un ser humano como él?

Nos enamoramos como dos chiquillos. En escasas ocasiones íbamos al cine y Marco nos pagaba la entrada a Mercedes y a mí porque no le llegaba el dinero para los tres. Yo me negaba, ¡si lo que deseaba era pasar tiempo juntos! No quería entrar sin él pero sabía cómo convencerme.

—Si no lo quieres hacer por ti hazlo por Mercedes, que le hace mucha ilusión.

No podía negarle un capricho a mi hermana si estaba en mi mano pero la película se me pasaba pensando en él, deseando que acabara para salir, cogerle del brazo y dar un paseo de vuelta a casa, lo que a veces no resultaba fácil. Porque sin medias ni calcetines, con unos zapatos que me apretaban tanto que aprovechaba ese rato en el cine para descalzarme, tenía los pies tan hinchados que me resultaba muy doloroso volverlos a calzar. Aun así, sin dejar que terminaran los créditos, a veces incluso antes de que se encendiera la luz, salía a toda prisa para encontrarme a Marco esperando en la puerta, apoyado sobre una farola, con las manos en los bolsillos y su preciosa sonrisa, mientras jugaba con la moneda que le quedaba en el bolsillo y que guardaba para comprarnos palomitas. Ya tenía mi corazón en sus manos pero, de no haber sido así, se lo habría ganado con esos detalles de hombre generoso y enamorado. Entonces compartíamos el camino de vuelta, tan corto, tan escaso, pero que nos compensaba por pasar juntos aquel ratito aunque fuera con carabina.

En casa las cosas no mejoraban. A pesar de que mi padre sabía que las intenciones de Marco eran serias y honestas nunca le terminó de gustar. Había aceptado nuestra relación a regañadientes y sin embargo estaba encantado con el novio de mi hermana Isabel, novio que ella se había encargado de encontrar con premura para igualarme. José era delgado, muy amable, así como sus padres y hermanos, gente humilde pero de buen corazón. Quería ser guardia urbano y eso le gustó a mi padre, convirtiéndose en su favorito. Con el tiempo, Pilar conoció en la fábrica a Manuel y se hicieron novios. Manuel también le caía bien —cualquiera le parecía mejor que Marco— pero nunca se molestó en disimular que su preferido era el novio elegido por su hija mayor.

^[1]Chiquilla.

^[2]Chiquilla.

IX CAPÍTULO

Con frecuencia hablábamos de esa sensación que teníamos, casi era una certeza, de estar predestinados a encontrarnos y compartir la vida. De alguna manera nos había unido ese pasado en común de soledad y estábamos aprendiendo a disfrutar de la presencia de una persona en nuestra vida que nos cuidaba con generosidad, con ternura y con profundo amor.

Tres años habían transcurrido de aquella *Amapola* que cantaba a mi paso, de aquellos caminos de vuelta a casa en bicicleta bajo la estricta vigilancia de mi padre que sorteábamos regalándonos tímidas miradas. No necesitábamos ni un día más para saber que queríamos pasar juntos el resto de nuestro tiempo, fuera el que fuera el que el destino nos tuviera reservado.

En 1945 el Estado facilitaba un dinero para ayudar a las parejas que quisieran casarse y cuando Marco se enteró decidió aprovechar la ocasión. Una tarde, mientras paseábamos, me sorprendió con su propuesta.

—Mi amor —me dijo— nos queremos con locura. Tú estás mal en casa, yo me siento solo en la mía. Ya es hora de que formemos nuestro propio hogar. ¿Te quieres casar conmigo?

Sus palabras me sonaron a música celestial. ¿Cómo lo hacía que siempre parecía pronunciar las frases con melodía, como si le cantara a mis oídos la más bella de las letras? Me pareció tan romántico que solo podía decir que sí. No necesitamos anillos ni fiesta de pedida, fueron suficientes nuestras palabras, pronunciadas como el más firme compromiso, y un tímido beso con el que sellamos nuestra intención. Quizás me sentía un poco joven, estaba a punto de cumplir veinte años, pero me creía más que preparada para hacerme cargo de una casa, de un marido y de los hijos que Dios quisiera enviarnos.

Me sentía tan, tan feliz, que regresé a casa con una sonrisa que no estaba dispuesta a dejarme arrebatar. Por eso mantuve en secreto mi compromiso, al menos aquella noche quería disfrutarlo para mí misma sin opiniones ajenas ni problemas que, estaba segura, iban a plantearme.

Al día siguiente aproveché que Isabel se había marchado de vacaciones con mi tía Marisa para hablar con mi padre.

—Padre, Marco me ha pedido matrimonio y nos vamos a casar.

—Me parece bien, es lo normal. ¿Qué vas a necesitar?

—Algo de ajuar, lo imprescindible.

—Vale. Haz una lista y cuando regrese Isabel vais a comprarlo juntas —me respondió.

Me dispuse a apuntar las compras necesarias utilizando una de las hojas que escondía para escribir mis cartas secretas. Era un papel muy bonito, con unas sutiles marcas de agua en malva, y no me gustaba gastarlo para nada que no fueran las cartas, pero creía que la ocasión lo merecía.

Un juego de sábanas, un juego de toallas, una cazuela, una sartén... apenas un puñado de cosas imprescindibles conformaba la lista, poniendo de cada cosa una sola unidad. Cuando se la entregué a mi padre, su respuesta fue:

—Hija, esto es muy poco. Ya le diré yo a tu hermana que te compre algo más.

—Padre —le pedí— ¿no puedo hacerlo yo? ¿O ir contigo a comprarlo?

Me dijo que no alegando que aquello era cosa de mujeres, pero yo sabía que si no me hacía con mi ajuar antes de que volviera Isabel ella buscaría la manera de complicarlo. Era tan bonito lo que me estaba ocurriendo que decidí ser positiva y confiada. Quizás esta vez las cosas saldrían bien. Me levantaba por la mañana feliz, cantaba en el trabajo, regresaba a toda prisa para ver a Marco y pasábamos horas planificando nuestro futuro, nuestra casa, hablando de cuántos hijos tendríamos y de qué nombres llevarían. Y caí en que esa sensación que hasta ese momento no había podido definir tenía un nombre: esperanza. Por primera vez en mi vida me sentía optimista ante lo que me esperaba, no veía ante mí un futuro desolador, de trabajo y miseria, y soñaba con el día en el que, convertidos en marido y mujer, pudiera dormir en los brazos de Marco.

Isabel regresó y trajo con ella el enfrentamiento, la mentira, la manipulación y el dolor. Aquella tarde llegué del trabajo agotada pero ilusionada. Apenas había terminado de entrar en la cocina cuando mi padre, con el rostro iracundo, su eterno cigarrillo negro en la mano, y un gesto amenazador de su dedo, me lanzó durísimas palabras:

—¿No quiero que tu novio vuelva a pisar esta casa!

Detrás de él Isabel sonreía, mientras desembalaba algunos paquetes que había traído de su viaje y se los entregaba a mis hermanas en forma de regalos. Fuera lo que fuera lo que estaba ocurriendo, ella era la responsable.

—¿Pero qué ha pasado? ¿Por qué dices eso? —casi le supliqué, esperando una respuesta.

No me la dio. Apretó los labios y su mirada me estremeció. No sé si había decepción, ira... Estaba tratando de entender qué podía haber ocurrido, cuando unos golpes en la puerta deshicieron el atronador silencio. Era Marco, que venía a buscarme. Entre un mar de lágrimas observé como mi padre, tan alterado como nunca le había visto, se dirigía a la puerta, la abría, y antes de que Marco pudiera dar las buenas tardes le espetaba:

—¿Ves ese escalón? A partir de ahora es demasiado alto para ti. No vuelvas a subirlo, no pongas el pie en esta casa nunca más ¿lo has entendido?

No, claro que no. ¿Cómo iba a entenderlo? El día anterior estábamos haciendo la lista de mi ajuar y veinticuatro horas después le tiraban de mi casa con cajas destempladas como si se tratara del peor de los delincuentes. ¿Quién podía comprender algo así? ¿Qué había hecho Isabel? ¿Qué le había dicho a mi padre? Creí volverme loca.

Al otro lado del umbral de la puerta tropecé con los ojos de Marco, unos ojos de amor en los que no vi ni un retazo de mentira o duda sino solo miedo y ternura. Estábamos a punto de tocar el cielo con las manos cuando entre nosotros y nuestra felicidad se abrió un abismo insalvable, como aquel terremoto que una vez arrasó mi vida cuando tenía once años y la suerte cambió una letra.

Esquivé como pude el enorme cuerpo de mi padre, que prácticamente taponaba la entrada de la casa, y me planté en la calle al lado de mi novio, al que cogí la mano con fuerza. Mi padre cerró la puerta de un portazo, sin escuchar las palabras de Marco que le pedía explicaciones acerca de su cambio de opinión, y allí nos quedamos, en la acera, desamparados, confundidos, preguntándonos hasta dónde habría llegado esta vez Isabel para impedir nuestro matrimonio.

Marco respiró hondo. Era paciente, muy reflexivo, y después de varios minutos en silencio que se me hicieron eternos pronunció las únicas palabras que necesitaba escuchar:

—Verónica yo muero de amor por ti y estoy dispuesto a todo lo que haga falta para convertirme en tu marido. Pero llegados a este punto tienes que elegir. No hay más remedio. Abres esa puerta y vuelves con tu familia, o vienes conmigo ahora y te quedas a mi lado para siempre.

Entonces fui yo la que mantuvo un silencio que él respetó. No teníamos nada que hacer sino poner el resto de nuestro tiempo a disposición de esa decisión que nos cambiaría para siempre. No pronuncié palabra. Crucé la calle y llamé a la puerta. Mi padre me franqueó el paso. Y en ese instante tomé la decisión más importante de mi vida.



X CAPÍTULO

Tomé aire y comencé a hablar.

«Quiero decirte, padre, que si Marco no puede entrar en esta casa yo tampoco voy a hacerlo. Tú me estás echando de aquí, no digas luego que me fui porque eres tú quién me tira de mi casa, de la casa de mi madre».

Isabel guardaba silencio y me miraba con sorna. Era cobarde, no iba a enfrentarse a mí ni a darme explicación alguna. Me di media vuelta, salí a la calle, y me encontré con Marco y su sonrisa, con Marco y sus ojos claros, con Marco y sus brazos protectores que me abrazaron con fuerza. Comenzamos a caminar sin rumbo fijo, sin preocuparnos de a dónde nos llevara el camino, porque si algo sabíamos es que desde ese momento lo haríamos siempre juntos.

Salí de casa con lo puesto y la primera idea que me vino a la cabeza fue buscar una pensión en la que alojarme. Si no dejaba mi sueldo en casa y podía disponer de él tendría capacidad para pagarme una habitación. Pero seguía pensando que una pensión era un lugar poco recomendable en el que se alojaban señoritas de mala reputación y dónde podía correr el riesgo de que me confundieran con una de ellas.

Otra opción era hablar con Carmen, aunque como sabía de sobra lo que su madre opinaba acerca de ponerse en contra a mi padre descarté la idea antes siquiera de intentar ponerla en marcha.

Dejé de llorar. Tenía que ser fuerte, demostrarle a Marco que los dos pasos que había dado para bajar el escalón de mi casa y situarme a su lado no eran un farol y que estaba dispuesta a mantener mi decisión aunque tuviera que dormir en la calle.

Se nos echó la noche encima. Las gentes se retiraban a sus hogares y las calles iban quedando vacías. El frío me hacía tiritar a pesar de que la chaqueta de Marco reposaba sobre mis hombros, y cansados de dar vueltas sin rumbo nos encaminamos hacia su casa.

—Vamos a cenar allí y ya pensaremos en alguna solución —me dijo.

Cuando llegamos nos sentamos a la mesa con su padre y con Dolores, la madrastra de Marco, a los que contamos nuestra situación. Supe que ella era una buena mujer cuando me cogió la mano y la acarició, tratando de calmarme.

—Quédate aquí. Puedes vivir en esta casa el tiempo que sea necesario —me dijo.

Y allí me quedé. Aquella noche improvisamos una cama en una pequeña habitación, no recuerdo cómo ni de qué manera, pero sí mantengo la impronta de sentir que por primera vez dormía bajo el mismo techo que el hombre al que amaba más que a mi vida.

Dolores me trataba con bondad y cariño, igual que a una hija. Como no encontraba manera de devolverle lo que había hecho por mí, ayudaba en cuanto estaba en mi mano con las tareas del hogar. Después de fregar la loza o de lavar la ropa me daba las gracias y yo le respondía:

—Gracias a ti, Dolores. Nunca podré agradecerte lo suficiente lo que estás haciendo por mí, por nosotros.

Hasta tal punto me apreciaba que, consciente de mi sufrimiento por estar alejada de mi familia, un día se lio la manta a la cabeza y se plantó en casa de mi padre para hablar con él. Quería mediar, contarle que les echaba de menos, pedirle que me perdonara por lo que fuera que se suponía que había hecho, pero Miguel no le dio la oportunidad de explicarse y no la dejó pasar a la casa, echándola de allí con cajas destempladas. Las cosas, lejos de solucionarse, se complicaban cada vez más.

Una noche, a la hora de la cena, me percaté de que Marco estaba raro, nervioso. Me esquivaba la mirada mientras daba vueltas a la comida en el plato, sin probar bocado. Le conocía, sabía que algo pasaba, y a base de mucho insistir conseguí que me contara la causa de su preocupación.

—He hablado con el cura. No nos puede casar. Como eres menor de edad tu padre tiene que ir a firmar para autorizar la boda, pero se niega a hacerlo.

Las lágrimas formaron un nudo que bloqueó mi garganta, impidiéndome respirar. Necesitaba ser fuerte y encontrar una solución, pero por más vueltas que le daba no sabía qué ocurría. ¿Por qué me había dado su apoyo para retirármelo después? ¿Qué le habría contado la maldita Isabel, siempre haciéndome la vida imposible, para que cambiara de opinión hasta este punto? Y ahora, ¿por qué se negaba a autorizar la boda?

Había llegado el dinero solicitado, lo justo para comprar una cama y un armario. Íbamos a quedarnos a vivir en casa de mis suegros, en una habitación que nos habían preparado, aunque no tenía puerta y la única intimidad que podríamos arañar sería dejando caer por la noche una cortina de tela que separara la vida familiar de la marital. No me quejé. Sentía que aquel lugar era el más lujoso de los palacios, pero teníamos que esperar a la boda para poder ocupar aquel espacio como marido y mujer.

Marco iba con frecuencia a hablar con el párroco que iba a casarnos para pedirle que mediara con mi padre y le convenciera de que firmara la autorización. El cura se mostraba muy amable con mi novio, tanto que le ponía la mano disimuladamente sobre el muslo o el brazo y le daba palmaditas en la espalda cuando le acompañaba hacia la salida de la sacristía. Cuando Marco lo comentó con unos amigos, estos bromearon:

—Ah, pero ¿no lo sabes? Para pedirle favores al cura te tienes que dejar tocar un poquito. Es la manera de conseguir lo que quieras.

¡Madre mía! Marco y yo nos moríamos de la risa ante semejante situación, y lo peor es que el pobre estaba dispuesto a dejarse tocar siempre que fuera «solo un poquito» y que sirviera para que mi padre firmara por fin el maldito documento.

Nunca supimos cómo pero lo cierto es que el párroco consiguió convencerle para que acudiera a la iglesia, donde nos reunió a todos. Yo esperaba en la sacristía, nerviosa y angustiada, mientras Marco me cogía de la mano tratando de infundirme tranquilidad. Deseaba que el encuentro sirviera para acercar posturas, que nos contara qué había ocurrido y nos diera la oportunidad de explicarnos y solucionarlo, pero mis ilusiones saltaron por los aires cuando escuché las voces de mi padre mientras entraba en la iglesia.

—¡Quiero que sepa usted que soy republicano! —comenzó a gritar dentro del templo santo, provocador, esperando que le expulsaran del lugar.

El cura pasó por alto sus palabras diciéndole que en la casa del Señor todo el mundo era bienvenido y, viendo que su estrategia no iba a servirle para esquivar esa firma que se negaba a darnos, decidió no hablarme. Yo no dejaba de llorar, de preguntarle por qué hacía aquello. Me había echado de mi casa, negándome un mínimo ajuar aunque podía permitírselo, y tampoco me daba su permiso para casarme. «¿Qué te he hecho para que me trates así?», le pregunté, entre

lágrimas.

No me respondió. Mirando al cura le preguntó por el lugar en el que tenía que firmar, estampó su rúbrica y dando media vuelta, sin cruzar palabra conmigo, salió del lugar a toda prisa desapareciendo de nuestra vista. El eco de sus pisadas resonaba en mis oídos mientras firmaba yo, mientras lo hacía Marco, la mirada turbia por el llanto, y salimos de allí con una fecha para nuestra boda y el corazón desolado por lo que acababa de vivir.

A pesar de todo no había perdido la esperanza y cuando se iba aproximando la fecha envié a una amiga para que les avisara del día, la hora y el lugar de mi enlace, por si lo habían pensado mejor y querían acompañarme. Como no le dieron respuesta alguna, ni para bien ni para mal, albergué la esperanza de que mi padre estuviera a mi lado en un día tan importante para mí, ejerciendo como padrino tal y como le había pedido. Pensé que quizás le remordiera la conciencia si dejaba a su hija sola, sin ese brazo en el que apoyarse de camino al altar. Me hacía ilusión que estuviera conmigo la pequeña Mercedes, esa niña a la que adoraba y que me llamaba mamá, así como mi hermana Pilar, con la que había compartido la mayor parte de mis pocas alegrías y de mis muchas penas. Pero lo cierto es que no podía hacer más sino esperar a que llegara la fecha señalada y ver qué decisión habían tomado.

XI CAPÍTULO

Pasé junto a Dolores la jornada anterior a la boda preparando un humilde banquete. Cocinamos pastas, cocas de atún, compramos altramuces, aperitivos, y dejamos preparado el relleno de los bocadillos con la idea de terminarlos a primera hora de la mañana siguiente. Era todo lo que daba de sí nuestro escaso presupuesto, pero lo importante era celebrar de alguna manera una jornada tan especial.

Amaneció un precioso y soleado día de octubre. A primera hora llegaron mis amigas —algunas de la infancia, otras del trabajo, también mi querida Carmen— y la casa se llenó de risas y de buenos deseos. Se habían empeñado en cumplir con la tradición y que llevara algo prestado, algo azul y algo nuevo. Con la primera de las condiciones no tuve problema. ¡Todo lo que llevaba era prestado! El vestido azul cumplía la segunda de las premisas y mis amigas me dejaron los zapatos y el tapafeas, un pequeño sombrero con una redecilla que caía sobre la cara, sustituyendo al velo blanco que no pude lucir. Entre todas me regalaron el ramo de novia, lo único que estrené aquel día. Mis queridas amigas, convertidas en mis ángeles de la guarda, me ayudaron a peinarme y maquillarme porque no podía permitirme ir a la peluquería ni comprar sombras de ojos o barras de labios.

El resultado fue excepcional. Me sentía guapa, una novia de verdad, toda una señorita de camino al altar para unirme a un hombre maravilloso, el mejor regalo que la vida me había dado. Reconozco que no dejé en toda la mañana de girar la cabeza, de buscar, de aguzar el oído a la espera de una voz familiar, la de alguna de mis hermanas, la de mi padre...

Marco salió de casa antes de que yo terminara de estar preparada y me esperó a la puerta de la iglesia. Yo hice el camino junto a mis amigas, entre las que extrañé que no estuviera Amparo.

A las puertas del templo esperaba el nervioso novio. ¡Estaba tan guapo! Con la emoción a flor de piel nos cogimos del brazo para caminar hasta el altar y cuando escuché que las puertas de la iglesia se cerraban a nuestra espalda miré por última vez atrás y alrededor. No habían venido. La realidad se había impuesto sobre mis deseos. Me habían dejado sola. No podían regalarme un poco de alegría, tenían que dejarme sumida en la tristeza, en ese dolor que contenía porque no quería llorar el día mi boda ya que decían que daba mala suerte, y de esa ya iba yo bien servida como para conjurar un poco más. Me sentí huérfana, con esa orfandad en la que añoras momentos compartidos, confidencias, palabras hermosas y entrañables abrazos. No tenía madre pero tampoco padre, ni tías, ni hermanas ni primos. Como un perro abandonado a su suerte.

Traté de pensar en positivo. Estaban allí mis amigas, mis compañeras, la familia de mi novio, que tan bien se había portado conmigo, y sobre todo a mi lado estaba Marco, ese ser humano que había llegado para hacerme la más feliz de las mujeres. Cuando el cura me preguntó si aceptaba a Marco como esposo, las dos palabras mágicas, «sí, quiero», brotaron de lo más profundo de mi corazón.

Una lluvia de arroz nos esperaba a la salida del templo y antes de regresar a casa pasamos por el estudio fotográfico. Marco también llevaba todo su atuendo prestado y para rematarlo el

fotógrafo le ofreció unos elegantes guantes, con los que posó para la imagen. Y ahí quedamos, detenidos en el tiempo, asomando nuestras miradas al objetivo con la esperanza de que la felicidad que sentíamos quedara también congelada, perdurando por siempre.

Disfrutamos de la merienda y a los postres empezó una pequeña fiesta. Marco se arrancó a cantarme aquella lindísima *Amapola* con la que me había conquistado. Cantó él, cantó su hermano, cantamos todos y bailábamos alegres cuando, de repente, me vi transportada a aquella otra fiesta de la que tanto me había hablado mi madre, la del día de su boda, con esa música que me contaba que había sonado. La eché tanto de menos que rompí a llorar y me refugié en la que ya era mi habitación de matrimonio, en la que Carmen tuvo que volver a arreglarme el maquillaje. Aquella celebración tenía un poso agridulce, con sentimientos encontrados. Por un lado me sentía plena, feliz, y por otro me perseguía una sombra, un halo de tristeza que podía intuir incluso mientras bailaba y reía. Estaba rodeada de gente y me sentía sola porque por más que buscaba no encontraba la presencia de nadie de mi familia.

A la mañana siguiente pasé por el cementerio y deposité sobre la tumba de mi madre el pequeño ramo de novia que había lucido.

—Mamá, por favor, cuida de mí desde donde estés. Ya solo te tengo a ti. Te hubiera encantado Marco, sé que tú nunca me habrías abandonado el día de mi boda —le dije.

Marco me esperaba unos pasos atrás, respetuoso. Me cogió de la mano y salimos del camposanto. No me quedaba nada del hogar en el que había nacido, nada de aquellos que me habían dado el apellido. A partir de ese momento tenía que dedicarme en cuerpo y alma a mi nueva familia, la que había formado junto a mi recién estrenado marido. Al dejar atrás el cementerio un conocido escalofrío nació de mi nuca y me recorrió la espalda. Era el mensaje que me enviaba mi madre para decirme que estaba allí, conmigo. Que en efecto ella nunca iba a abandonarme.

Nunca supe de dónde sacó el dinero ni cómo se organizó, pero Marco me sorprendió con un corto viaje de novios, tres días en Barcelona, lo que para mí se convirtió en la mayor aventura imaginada. Como no hay felicidad completa no fuimos solos sino que nos acompañaron mi cuñado, el hermano de Marco, y su esposa. Aun así todo me pareció perfecto y comencé a entender lo que implicaba la palabra libertad. No había que darle explicaciones a nadie, ni hora para regresar a casa, ni el temor de no saber cómo o qué me encontraría. Me sentía segura, feliz y libre por primera vez en mis veinte años.

Libre e inocente. Nunca había hablado con nadie sobre relaciones maritales aunque había deducido que era de esa manera como una mujer se quedaba embarazada. Me habían faltado al lado hermanas o una madre que me hubieran comentado tales asuntos y con las amigas o compañeras nunca saqué el tema, tan pudorosa como era.

Sin darme cuenta, Marco se había convertido en mi mejor amigo y hablaba con él de todas las cosas que me preocupaban o de las que quería saber más, porque siempre tenía una respuesta para todo. Había algo que me rondaba hacía tiempo, dando vueltas a mi cabeza, y una tarde me atreví a hacer la pregunta.

—Marco, si me quedo embarazada... ¿por dónde saldrá el niño? ¿Hay que sacarlo por la barriga?

Comenzó a reír con ternura. Me miraba con todo el amor del mundo, sonriendo ante mi inocencia, cuando me besó y me abrazó con fuerza.

—No cariño, los niños no salen por la barriga si no es porque hay que hacer una cesárea. Los

niños salen por otro lugar.

Me quedé muy sorprendida con sus explicaciones y no me atreví a seguir preguntando aunque tenía muchas más dudas acerca de la manera en la que se hacían, se desarrollaban y nacían los niños.

A nuestro regreso a casa las cosas se asentaron. Nadie me amargaba la vida y todo me parecía bien. Mi suegra y yo congeniamos a la perfección, compartíamos las tareas del hogar y me sentía tranquila porque no volví a pasar hambre y podía ir siempre aseada. El resto, todo lo que nos faltaba en el aspecto material, quedaba compensado por el buen ambiente que había y la maravillosa relación que compartía con Marco.

Me quedé embarazada. Fue una maravillosa noticia. A pesar de que seguíamos viviendo con mis suegros y nuestra economía era muy justa, nada empañaba la feliz espera, ¡íbamos a tener un hijo!

Ilusión es la palabra con la que puedo describir aquellos nueve meses en los que una vida iba creciendo dentro de mí. Por un lado soñaba con el momento de tener a mi hijo en los brazos, pero por otro hubiera deseado prolongar indefinidamente aquel periodo en el que mi bebé estaba a salvo, protegido, ese tiempo en el que los dos éramos uno solo y nuestros corazones latían a la par. Cuando llegó el momento, Marco cogió la bicicleta y salió a toda prisa a buscar a la comadrona mientras Dolores comenzaba a hervir agua. Mi marido regresó, asustado, y aunque por aquellos tiempos los partos eran cosas de mujeres y los hombres esperaban fuera de la habitación, le pedí que se quedara conmigo. No se separó de mi lado, cogiéndome con fuerza la mano en cada contracción, diciéndome tanto él como la comadrona que gritara, que no guardara tanto dolor para mí. Pero no lo hice. Parí a mi hijo en aquella cama de matrimonio que nos había pagado el Estado sin alzar la voz, en silencio, y el único grito que escuchamos fue el de Marco exclamando, entusiasmado:

—¡Es un niño!

Cuando me lo pusieron en los brazos le arrullé mientras lo cubría de besos. Le miré despacio y con atención, comprobando que tenía cada uno de sus pequeños dedos, sintiéndole tan bonito, tan perfecto, que rompí a llorar por la emoción. Elegimos para él el nombre de Alfonso.

La llegada al mundo de Alfonso lo cambió todo. Mandé avisar a mi familia y la primera en querer conocerle fue Pilar. Ya era algo más mayor y poco a poco se iba soltando del yugo de Isabel, por lo que decidió ir a conocer a su sobrino en contra de los deseos de nuestra hermana mayor.

Pilar me dijo que mi padre había preguntado por mí, que la había enviado para que viera cómo estaba, cómo vivía. Cuando regresó a casa, mi hermana le dijo a mi padre que yo había preguntado por él. Ninguna de las dos cosas era cierta. También le contó que me trataban muy bien, que éramos muy felices, y que tenía un nieto precioso, rubio, con ojos claros, «un ángel».

—Por favor papá, ve a verlos —le dijo.

Mi padre terminó por ablandarse y se dejó convencer, aunque yo intuía que era mucho más por su nieto que por su hija por lo que iba a dar su brazo a torcer, que era el niño quien ablandaba aquel pétreo corazón.

Cuando llegó a vernos no se habló de nada. Le recibí sin rencores, como si no hubiera pasado más de un año desde que me había sacado de su vida. En cuanto tuvo a Alfonso en brazos se derritió. Tenía tantas ganas de tener un hombrecito en casa, ese hijo tan deseado y nunca logrado,

que abrazó con ternura a su nieto, besándole y llenándole de arrumacos que jamás había visto hacerle a mis hermanas; quizás sí con Miguel, pero había pasado tanto tiempo que los recuerdos de mi hermano se habían difuminado en mi memoria.

Descubrí, con sorpresa, que durante el tiempo en el que no nos habíamos visto ni sabido los unos de los otros mi padre se había vuelto a casar. Primero pensé que lo habría hecho con Maruja, la madre de Carmen, que era la principal candidata. Pero no, porque de haber sido así lo habría sabido por mi amiga. La elegida había sido Amparo, mi querida compañera, la que me había enseñado a coser, la que algo de hambre me había quitado y, sobre todo, la que me había alertado de que alguien cantaba canciones tristes para mí. Me alegré muchísimo. Amparo era una excelente persona y yo sabía que a mi padre solo podía hacerle mucho bien. Y lo hizo. Porque poco a poco mi padre fue cambiando y Amparo se convirtió en la mejor de las esposas y en una maravillosa madrastra.

Todos excepto Isabel habían querido conocer a Alfonso. Pero a partir de retomar la relación, Amparo decidió invitarnos a comer a su casa cada domingo, y mi hermana no tuvo más remedio que volver a verme y ser testigo de la bonita vida que tenía, de la inmensa felicidad que habían llevado a mi vida mi marido y mi hijo.

Amparo y yo volvimos a intimar. Una tarde pasé por casa y estábamos las dos solas. Delante de una taza de café, se sentó frente a mí y me dijo:

—Verónica, ¿tú quieres saber qué es lo que pasó? ¿Por qué tu padre no quería a Marco y no fue a tu boda?

—Sí —le respondí— claro que quiero. Es algo con lo que cargo y que no logro entender.

—Fue tu hermana Isabel. Cuando regresó de aquel viaje y vio la lista de tu ajuar, le dijo a tu padre que si os casabais tan deprisa debía ser porque estabas embarazada.

—¿Embarazada yo? Pero si mi hijo ha nacido casi un año después de la boda.

—Sí, ahora se ha dado cuenta de que Isabel le mintió. Pero ya sabes cómo es, tan orgulloso que no va a pedirte perdón por lo que hizo.

El nacimiento de Alfonso había desmontado por completo la gran mentira de Isabel y a pesar de ello todavía se atrevía a mirarme a la cara. No había cambiado pero ahora era su madrastra el centro de su resentimiento y a la que le hacía la vida imposible. Mientras estuvo soltera se quedó a vivir con Amparo y con mi padre, quien le dio a ella el cargo de ama de casa ya que su nueva mujer seguía trabajando en la fábrica. Él consiguió imponer su criterio en contra de la opinión de Amparo, que tuvo que terminar por aceptarlo. Fue un gran error y el tiempo se encargó de demostrarlo amargamente.

La relación entre mi padre y mi hijo se convirtió en idílica. Cada día le quería más, lo cogía en brazos, le besaba, todo le parecía poco para su nieto. Como consecuencia de esa actitud yo también volví a acercarme a él, ganando terreno y compartiendo pequeños gestos de intimidad como cuando me pedía que le cortara el pelo, «igual que a tu marido, que lo lleva muy bien», lo que yo hacía encantada. Veía un cambio en mi padre, cada vez era mayor la influencia que ejercía Amparo sobre él y menor la de Isabel, lo que iba dulcificando su carácter y sobre todo me hacía comprender que, sin restarle un ápice de responsabilidad sobre lo sucedido, había estado de algún modo manipulado por mi hermana.

Mi padre y Amparo tuvieron un hijo al que bautizaron con el nombre de Vicente y que le convirtió en el hombre más feliz del mundo. Con edad de ser abuelo la vida la compensaba con el maravilloso regalo de poner en sus manos el querido y deseado varón que tanto había anhelado. Él

seguía empeñado en que su mujer trabajara y fue Isabel quien se encargó de cuidar del niño.

Vicente era apenas un bebé de unos meses cuando un fatídico día mi hermana mandó avisar de urgencia a los padres del pequeño: el niño estaba gravemente enfermo. Cuando Amparo llegó de la fábrica y abrió la puerta se encontró a su hijo muerto en brazos de Isabel, con el dolor añadido de que todo hubiera ocurrido en su ausencia, sin haber sido testigo del último hálito de vida del pequeño, sin haber podido acunarlo por última vez y darle su calor. La desolación invadió a mi padre cargando de nuevo con la certeza, que pesaba como una losa, de que todos sus hijos varones nacían malditos y estaban condenados a morir.

Buscando otro varón llegó la niña, Rosa, una preciosidad, espabilada, alegre, viva, feliz con tres hermanas en casa, porque tanto Isabel como Pilar y Mercedes todavía vivían en el hogar familiar mientras Rosa crecía.

Según se casaban sus hijas se iba ampliando el círculo en torno a mi padre, que nos reunía todos los domingos para comer paella. Amparo se mostraba contenta y la pequeña Rosa aún más, siempre jugando con mi hijo Alfonso que a pesar de ser su sobrino era mayor que ella. La mujer de mi padre era muy generosa con nosotros y aunque tenía seis bocas que alimentar siempre apartaba algo de comida para que nos la lleváramos a casa, confirmando que desde que ella se había hecho cargo de la administración familiar el dinero cundía mucho más. Mi padre se había convertido en un abuelo entrañable, mostrando una ternura que hasta entonces desconocíamos. Nunca olvidé lo que había vivido y sufrido pero aprendí a perdonar y a aceptarle en esa nueva etapa tal y como era, sin permitir que palabras como odio o rencor anidaran en mi corazón.

Algunas ocasiones, mientras reposaba el arroz en el patio de casa momentos antes de comer, miraba alrededor y veía a mi hijo durmiendo bajo la sombra de la higuera, a mis hermanas pequeñas jugando, a Amparo, buena y amable, y sentía que aquello era lo más parecido a una familia que nunca había tenido. Por fin, un poco de paz.

XII CAPÍTULO

Cuando cerraron la fábrica muchas familias nos quedamos sin trabajo. Mi padre ya se había jubilado y mi marido pidió a un labrador amigo suyo que le dejara un pequeño trozo de tierra. Allí plantaba algunas verduras, tomates, judías verdes, lechugas... era una pequeña huerta de subsistencia. Yo empecé a trabajar en el campo para poder alimentarnos. Seguíamos viviendo con mi suegra pero por fortuna no pasábamos hambre.

Mi padre enfermó. Siempre pegado a su cigarrillo de tabaco negro, el médico le aconsejó que lo dejara para poder operarle y darle una posibilidad de recuperación pero él no hizo caso. Cuando sintió que estaba realmente mal ya era demasiado tarde y no pudieron hacer nada por él. Isabel fue la última en llegar. Las demás hermanas, junto a Amparo, lo amortajamos y velamos. Superé el dolor por la muerte de mi padre gracias al apoyo de mi marido. Era ley de vida y la nuestra tenía que continuar.

Después de Alfonso llegó Antonio y cuando tanto Marco como yo deseábamos más que nada tener una hija, vino al mundo Sara. Tras ella, el pequeño Gabriel cerró nuestra numerosa familia y pasamos toda una vida tratando de ser buenos padres, sacándoles adelante, felices por la unión que teníamos y sin preocuparme porque mi hermana Isabel jamás me aceptara, hasta el punto de que invitaba a mis hermanas a eventos como Nochebuena o Navidad y a mí siempre me dejaba fuera. Ellas ya no la temían y a veces le hacían frente, diciéndole: «Si Verónica no viene nosotras tampoco». Pero a esas alturas ya no podía hacerme daño. Yo tenía mi marido, mis cuatro hijos, mi casa y me sentía tan dichosa que a veces no lo podía creer.

Estaba obsesionada con que nadie pasara hambre. En muchas ocasiones iba paseando con mi hija del brazo, como antaño hacíamos mi madre y yo, y me fijaba en los ojos de las personas que pedían en la calle o se encontraban sentadas en un banco, como ausentes. Sabía distinguir si tenían hambre y nunca me encontré con nadie que me enviara esa mirada sin socorrerle con comida o con algo del escaso dinero que llevara. Solo con mirarles podía saber si estaban hambrientos porque veía reflejada en ellos a aquella niña que fui, como en un espejo que el paso del tiempo no había conseguido deformar.

Encontré el amor de mi vida en Sara, mi confidente, mi amiga, la hija que llevaba el nombre de la única persona que me había cuidado en mi infancia con amor y justicia. Ella fue mi apoyo incondicional, siempre a mi lado hasta el fin de mis días, mi compañera de camino, una hija modélica, ejemplar, amante y amada. La niña de mis ojos.

Ya era mayor cuando me quedé viuda. Tener que decir adiós a mi marido fue tan duro y difícil que solo encontraba consuelo en la idea de que no me quedaba mucho tiempo para reencontrarme con él. En su funeral, leí esos versos de Neruda que dicen:

*«Amor, cuántos caminos hasta llegar a un beso,
¡qué soledad errante hasta tu compañía!»...*

En ellos estaba la esencia de lo que había sido mi vida a su lado: caminos pedregosos, duros, recorridos en soledad sin rumbo alguno, hasta que llegó él para lograr con su compañía que jamás volviera a sentirme sola.

Nunca me había desahogado con nadie ni compartido mi historia con detalles. No sé si por pudor, por vergüenza, por timidez o simplemente porque tuviera la idea equivocada de que si no la contaba en voz alta podía olvidarla o incluso llegar a pensar que nunca hubiera existido. Había en ella demasiado sufrimiento. Demasiado dolor.

Pero los fantasmas son persistentes, implacables, y aparecen cuando menos les esperas. Con cuentagotas, fui compartiendo con Sara la historia de aquella niña que robaba remolachas para comer, la de la niña que vendió un anillo a cambio de pan duro, la de la niña que se quedó sin madre con solo once años. Y un día, consciente de que era en esas manos en las que tenía que depositar mi legado, entregué una llave a mi hija y le pedí que abriera la puerta de una cómoda, en cuyo interior había una caja.

—Sara. Estas son todas las cartas que escribí en aquellos atardeceres de domingo en los que me quedaba sola y me desahogaba en ellas. Con lo que aquí pone, más todo lo que te he contado, quiero que me prometas que escribirás mi historia, que la convertirás en un libro como homenaje a mi madre, a mi hermana Pilar, y a todas las mujeres que sufrimos lo increíble. Algunas sobrevivimos para contarlo. Otras, como tu abuela, se quedaron en el camino. Por eso quiero que narres lo que pasamos, para que nadie lo olvide y para que no vuelva a suceder. Para que cuando miremos a aquellos que pasan hambre hagamos lo que esté en nuestra mano para ayudarles. Por las niñas de aquella generación. Por mí.

—*T'ho promet, mare*^[1]— me respondió mi hija, emocionada, consciente de que tenía en sus manos el mayor de los tesoros.

Yo había mantenido mi promesa y no me había muerto mientras tuviera hijos que cuidar. Ella seguro que también mantendría la suya, la de convertir mi historia en un libro. Era —y es— una mujer de palabra.

Aquella tarde de confidencias y promesas, le pedí un último favor. Quería que el día que me marchara sonaran en mi funeral las notas de aquella canción con la que su padre me había conquistado:

*«Amapola
Lindísima amapola...»*

De esa marcha lo que más lamento es que ahora es mi niña, mi querida Sara, la que no sé cómo podrá vivir tan sola. En ocasiones la veo llorar por mí, por mi recuerdo, y me gustaría poder decirle que no lo haga, que las lágrimas enturbian la visión y le impiden ver lo bello de la vida. Es entonces cuando le envío mariposas blancas, hadas que predican buenas nuevas y que vuelan a

su alrededor, depositando ese polvo de estrellas del que hablaban los cuentos infantiles que inventaba para ella. Hadas que cuidan de su vigilia y velan su sueño para que sepa que su querida madre siempre está con ella.

FIN

[📖](#) Te lo prometo, madre.



AGRADECIMIENTOS

Este libro es un acto de amor y de palabra, la que le di a mi madre aquella tarde cuando puso en mis manos sus cartas y, con ellas, su historia. Quiero agradecer a todas las personas que de uno u otro modo han participado en este trabajo, especialmente a quienes me han ayudado en este intenso proyecto dándome la mano cada vez que tenía la tentación de flaquear.

Gracias a todos los que al leer este libro han sentido la historia de Verónica un poco suya y se han emocionado con sus vivencias.

Gracias a esas mujeres valientes de las que tanto aprendimos.

Y gracias a Verónica por sus recuerdos, por haber sido la mejor de las madres y por haber guiado mi mano a la hora de escribir cada palabra de las que aquí quedan. Mi madre se fue entre acordes de amapolas pero sigue viviendo en mí y ahora también en este libro tan especial.

Gracias, gracias, gracias.

Para terminar, no quiero dejar de recordar a mi padre, ese hombre que puso banda sonora a mi infancia, con esta letra y música de su juventud.

*Yo he sentío
una voz dolorosa
allá por tierra africana.*

*Era un soldadito español
que al ruido de un cañón
cayó tendido en el suelo diciendo
tenedme compasión*

*Y no lo digo por mí lo digo por mi hermanito
que no tiene a nadie en el mundo
ná más que a mí.*

Tanta música. Tanto amor. Gracias a ti también, papá.



ÍNDICE

PRIMERA PARTE

I CAPÍTULO

II CAPÍTULO

III CAPÍTULO

IV CAPÍTULO

V CAPÍTULO

VI CAPÍTULO

VII CAPÍTULO

SEGUNDA PARTE

VIII CAPÍTULO

IX CAPÍTULO

X CAPÍTULO

XI CAPÍTULO

XII CAPÍTULO

AGRADECIMIENTOS